CUADERNOS historia 16

La mafia

Carlo A. Caranci

287



250 ptas

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.

PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.

DIRECTOR GENERAL: Javier Pascual.

DIRECTOR: David Solar.

SUBDIRECTOR: Javier Villalba.

COORDINACION: Asunción Doménech.

REDACCION: Isabel Valcárcel, José María Solé Mariño y Ana Bustelo.

SECRETARIA DE REDACCION: Marie-Loup Sougez.

CONFECCION: Guillermo Llorente.

FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.

CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.

Es una publicación del GRUPO 16.

REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid: Hermanos García Noblejas, 41, 6.° 28037 Madrid. Teléfonos 407 27 00-407 41 00.

Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.

PUBLICIDAD MADRID: Pilar Torija.

IMPRIME: MELSA

DISTRIBUYE: INDISA. San Romualdo, 26. 28037 Madrid.

Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Con el patrocinio cultural de la Junta de Andalucía



Al Capone, *el* gangster *más famoso de la Cosa Nostra norteamericana de los años treinta*

Indice

La mafia

Carlo A. Caranci
Historiador

LA mafia no es ninguna organización, ninguna sociedad secreta, sino un método (Henner Hess, *Mafia).* Esta definición, quizá inesperada y provocadora para muchos, puede ser la síntesis de los más serios y definitivos estudios sobre el fenómeno mafia, y echa por tierra no sólo las versiones y definiciones novelescas y fantasiosas de la literatura, del cine y del periodismo sensacionalista, sino las de los estudiosos que no lo han comprendido, que lo han interpretado desde perspectivas parciales, reduccionistas o condicionadas ideológicamente.

El fenómeno mafia es uno de los peor conocidos, de los que más interpretaciones erróneas ha producido. Por eso la tarea de estudiarlo ha sido y es ardua: su comprensión ha exigido y exige ir levantando, y desechando, los caparazones diversos y extraños que se han ido formando sobre su cuerpo.

Pero digamos ya, de entrada, lo que no es mafia. La mafia no es una secta o sociedad secreta —como el Ku Klux Klan, los Carbonarios, o la Garduña, pongamos por ejemplo—, ni hay pontífices ni rituales. Tampoco es una organización ilegal centralizada y monolítica con ramificaciones universales. No es bandolerismo (delincuencia social), ni siquiera es una organización delictiva. Ni es una sociedad de autodefensa, ni una organización política que se remontaría a siglos pasados y que luego habría degenerado en delincuencia. Tampoco es, finalmente, ningún embrión de movimiento nacional.

Vamos a ver, pues, cuál es el caldo de cultivo de la mafia siciliana, dónde y cómo surge, cuáles son sus características, cuáles sus analogías con otros fenómenos semejantes como la camorra napolitana y con la 'ndrángheta calabresa, y con otros fenómenos no italianos.

El medio

La mafia se da en un medio concreto, y éste es la isla de Sicilia, que a su vez es una tierra mediterránea. Sicilia es algo así como una reproducción a escala reducida de ese mundo que solemos llamar *mediterráneo,* caracterizado, entre otras cosas, por el latifundio, el trigo, la vid, el olivo, el contraste campo/ciudad, el numeroso proletariado agrícola, la exigüidad de las clases medias, los restos físicos y mentales de la nobleza, todo ello como base material de unas mentalidades, de unas etnoideologías en las que se mezclan el rigor social; la gravedad casi funeraria, férreos tabúes, fidelidades y jerarquías, con una organización social caracterizada a su vez por una fuerte solidaridad agnática, una acentuada conciencia de linaje, de parentesco, paralela a un menor sentido de territorialidad: la familia es para el siciliano —y para el mediterráneo— la institución más viva en su conciencia, y es sentida más como dramático nudo contractual que como agregado natural y sentimental, como dice Sciascia; Carlo Levi añade que es su *Estado,* casi su patria, al que debe fidelidad, a la que debe defender a través de la defensa del honor familiar e individual, de la conservación del buen hombre, de la reputación, relacionada con el sexo, la castidad femenina y la virilidad masculina.

El valor rey es en el sur de Italia y en Sicilia el honor —y lo es en el Mediterráneo, donde hay un vocablo de significado equivalente en cada lengua de este mar: *onore* (italiano), *timí* (griego), *nif* y *horma* (bereber), *sharáf* (árabe), etc. (1)—. El honor es la posesión y defensa del buen nombre. No se puede vivir sin honor, sin honra, y hay que tratar de reparar inmediatamente la ofensa para recuperarlos y, con ellos, la reputación, pues el buen nombre *non potest per iudicem reparari,* como decía en la Edad Media el toscano Cino da Pistoia. Y esta defensa debe llevarse a cabo sin recurrir al Estado, al poder oficial, lo que sería vergonzoso, y sin delatar al agresor, aun a costa de cometer o hacer cometer actos que el Estado considera delictivos, pero que no tienen por qué serlo para el mediterráneo y para el siciliano (2). Por eso el hombre debe estar dotado de valentía individual, sentido de la propia dignidad, autoestima, capacidad para reaccionar ante la ofensa, de hombría *(omertà),* que sería una mezcla de vergüenza y masculinidad.

En un medio de este tipo donde el honor, la familia, la mujer han de ser defendidos continuamente, no siempre esa defensa puede ha-

Una escena de la película El Padrino, *serie que ha contribuido ha popularizar las andanzas de la mafia en Estados Unidos*



cerse personalmente. Con frecuencia habrá que recurrir a quien pueda llevarla a cabo, por lo general alguien con poder. Se podrá recurrir a él como en otros medios se recurre al Estado.

El individuo que posee por herencia, delegación o conquista esa posibilidad de utilizar la fuerza para defenderse y eventualmente defender a los demás, puede erigirse en hombre importante, respetado por su comportamiento equilibrador, por la defensa de los valores admitidos. Ese hombre está dentro del sistema cultural mediterráneo, forma parte de él, se sirve de él. Antes ese hombre era el noble, el latifundista, y lo era de manera automática, su función quedaba sancionada por su medio, por su propia capacidad de autonomía, e incluso, por el rey u otros poderes oficialmente superiores. Luego, a partir del siglo XIX, como veremos, lo serán, junto al noble, o sustituyéndolo, miembros de la burguesía o ex plebeyos convertidos en burgueses. Estos hombres importantes tienen un papel fundamental en la historia de la Italia meridional.

Los hombres importantes, los *hombres de*

respeto de los sicilianos, nobles o no, que ejercieron el poder que les confería el sistema de patronazgo o clientelista, este peculiar *feudalismo* mediterráneo, están presentes, al parecer, a lo largo de toda la historia de este mar, desde la Antigüedad griega y romana, en la que no faltaron los latifundios semiautónomos y los tiranos con clientelas. Y están presentes en la Edad Media, en los latifundios bizantinos, en la Sicilia musulmana, en el seno de las aristocracias agrarias normanda, de los Anjou, aragonesa, con sus guardianes, guardaespaldas, hombres de armas, *milites,* que recuerdan sociológicamente a los empleados de los feudos de los siglos XVIII y XIX.

La historia

En los siglos de la Edad Moderna hay documentación sobre el sistema clientelista feudal —y también no feudal en ciudades y pueblos— sobre la protección, que funcionaba como la mafia posterior, y tenía sus hombres fieles, sus administradores y capataces, hombre armados, que también existían en las ciudades (como los *campieri* —camperos— pagados por los alcaldes, que se encargaban del orden público en el siglo XVIII). Por todo esto Romano, Hess y otros autores ven una forma o un resto de feudalismo en el sistema mafioso.

La mentalidad feudal, la existencia de cuerpos armados dependientes de los barones, la relación patrono-cliente feudal, son antecedentes del sistema que los mafiosos harán suyo, favorecido esto por la escasa importancia que la burguesía tendrá siempre en Sicilia.

Durante el feudo no hay mafia como tal. Pero ya en 1810 se describen mecanismos clientelistas no feudales en ciudades y pueblos. Pero la mafia todavía no necesita colocarse como alternativa respecto al Estado, pues esta función la cumplían todavía los barones.

En Sicilia, cuando el feudalismo es abolido en 1812, parece que va a morir. Pero nunca morirá del todo, y menos su espíritu, que van a heredar quienes ascienden social y políticamente a lo largo del siglo XIX. Su abolición no produce cambios revolucionarios en Sicilia, a diferencia de algunos otros países europeos. Los feudos siguen perteneciendo a los antiguos barones, que continúan siendo los poderes reales, pese al malestar y a las rebeliones campesinas. Pero ya en 1838 se habla de mafiosos *ante litteram,* con peso político, y algunos caciques se unen a los revolucionarios de 1848, y otros apoyarán a Garibaldi durante la invasión de Sicilia en 1860. El más grave golpe contra la sociedad isleña y la meridional es la anexión del Reino de Nápoles por parte del Reino del Piamonte en 1860-1861: el resultado se convertirá en Reino de Italia.

El reino de Italia

El cambio arruina la economía de la isla (y del ex Reino de Nápoles), convertida en un *mercado colonial,* y la unificación del mercado nacional *rompe el espinazo al Sur,* en expresión de Zitara. El librecambismo hunde la industria. La disgregación del latifundio libera, sí, a grandes masas campesinas y disuelve materialmente el mundo feudal —aunque no su mentalidad y su cultura—, pero los liberados quedan sin protección feudal y tampoco se integran en el nuevo sistema. La reforma agraria de Roma queda neutralizada por el desmenuzamiento y por la recompra efectuada —como en la España de la Desamortización— por los burgueses o los propios latifundistas, y por una fiscalidad mucho más dura. Nace ahora el llamado *problema del Mezzogiorno,* del que el sur de Italia todavía no se ha recuperado.

Una serie de factores, entre los que destacan la debilidad del aparato estatal, la hostilidad de la población y la tradición autonómica anterior a la Unidad, hace que el Estado italiano deba apoyarse, para llevar a cabo su política anexionista y sus planes económicos, en las viejas fuerzas (barones, clero, cierta burguesía urbana) y en las nuevas, sobre todo en los burgueses rurales de nuevo cuño.

La nobleza feudal ha perdido mucho de su poder oficial tradicional. Una parte de ese poder lo recoge otro sector de la burguesía urbana y esa particular burguesía rural que hemos mencionado, y que ha ido prosperando al servicio de los nobles y latifundistas, que ha comenzado a autonomizarse, a encajarse entre aquéllos, a quienes va a tratar de suplantar, y los campesinos, a quienes a su vez frenará en su ascenso social. Para ello se sirven del mecanismo que conocen, el clientelismo, para adquirir poder económico y político, para convertirse en hombres influyentes y respetados como sus antiguos amos feudales. Esta nueva *clase* está formada en gran parte por

Gabellotto *siciliano del siglo* XIX, *según un grabado de la época. Estos administradores de los feudos de los barones absentistas se enriquecían a costa de los campesinos...* los gabellotti *son el antecedente próximo de los jefes de las familias mafiosas*



profesionales urbanos o rurales, viajantes, comerciantes de poca monta, a veces ex bandoleros *regenerados,* simples campesinos iletrados pero hábiles y, sobre todo, por empleados o ex empleados de los barones, es decir, guardas, *campieri,* y, con gran diferencia, por administradores del feudo, los *gabellotti,* a quienes los barones absentistas ceden, previo pago, la explotación y el control de sus tierras y que suelen enriquecerse a expensas de los campesinos.

Para los terratenientes estos advenedizos hábiles les son útiles para hacer frente a las aspiraciones campesinas. Pero al mismo tiempo el *gabellotto* es ya un *capitalista,* que explota tanto al feudal como al campesino. Sociológicamente estos hombres son un *recambio* de la clase hegemónica siciliana en favor de la burguesía y de la pequeña burguesía, y dominan al mismo tiempo a los campesinos por la fuerza y la integración cultural, reforzando la estratificación social. El *gabellotto,* que se interpone entre el propietario y el bracero, es un intermediario que va tomando los derechos del señor feudal.

Muchos de estos *gabellotti* van a dar un paso más, un paso político, convirtiéndose públicamente, ante su comunidad, en hombres influyentes, en hombres de respeto, que aspiran a beneficiarse, pero también a beneficiar a su grupo de amigos y parientes reales o formales, constituyendo una *familia,* y beneficiando también, eventualmente, a la sociedad en que vive. Son hombres con gran capacidad de comunicación, capaces de establecer relaciones con otras personas influyentes y otros poderes. Tienen poder. Y este poder tiene sus títulos: honor, valor, astucia, ferocidad, capacidad para ofender a un enemigo, para vengarse, amabilidad, formalidad, persuasión...

Estos hombres no forman una clase social, su poder no está ligado a ella, es móvil, no heredable, lo cual es su fuerza y su debilidad. Forman sólo un sector, una subclase, en el seno de la burguesía.

En Sicilia su comportamiento se comprende, se idealiza, se envidia, aunque no gusten sus abusos, se considera que es el único posible, pues el Estado *no existe,* o queda lejos, o es *extranjero.* A través de estos hombres importantes el siciliano se asegura ayuda y protección, aunque dentro de un marco de dura explotación, por lo que es justo que aquéllos tengan su contrapartida: fidelidad, riqueza, poder, etc. Esto, la sumisión a una persona más que a un orden objetivo y abstracto, no es sólo un resto feudal, ni es asocialidad, sino anestatalidad, propia de sociedades basadas en el parentesco —por muy desdibujado que éste esté.

Estos hombres influyentes y respetados hacen así, una peculiar *revolución burguesa* a la siciliana. Este comportamiento, este poder, esta manera de actuar es típica de los hombres de respeto surgidos en este medio mediterráneo que es Sicilia. En siciliano hay una palabra para designarlos: *mafiusu* (mafioso).

Definiciones

El término mafia se emplea en un sentido próximo al actual por primera vez, que se sepa, en una obra de teatro de 1868. Pero es más antiguo, aunque no se sabe cuándo aparece. Las etimología toscana *(maffia* = miseria), francesa o árabe no parecen muy consistentes. Nos atendremos a los sentidos que le dan o han dado los sicilianos. En origen, en Sicilia, *mafia* sería belleza, orgullo, gracia, perfección: una mujer mafiosa es una mujer guapa, graciosa; un hombre mafioso es un hombre con iniciativa, valentía, virilidad, amabilidad. Por derivación, mafioso sería quien actúa con prepotencia, quien controla una situación, quien se las arregla por sí mismo, incluso quien se burla de la Justicia —vuelven aquí los valores mediterráneos.

En cuanto al otro sentido de mafia, ésta no es —para Pitré, autor siciliano del siglo XIX— *secta ni asociación,* el mafioso *no es un ladrón (...) es sólo un hombre valiente (...), la mafia es exagerado concepto de la fuerza individual (...); es no sufrir a los superiores (...), es tomarse la justicia por su mano.*

Definiciones todas ellas elaboradas desde una perspectiva *emic* *, es decir, desde la propia etnoideología de los sicilianos. Esto tiene importantes implicaciones en la propia ideología de la mafia, y en el nacionalismo siciliano, como veremos (3). Pero éstas no bastan. Se hace necesaria una perspectiva *etic* *, es decir, desde el exterior, analítica, científica: así vemos que la mafia no es una figura específica, sino simplemente un proceso de promoción social. O bien, es una forma de establecer el poder fuera de lo estatal. O bien es una forma de poder y organización política en la que los vínculos entre jefes y seguidores se basan en transacciones mutuamente ventajosas, y en la que los lazos son de tipo personal. Definiciones, todas ellas, complementa-

* *Emic* y *etic* son conceptos tomados de la Antropología cultural.



Garibaldi embarca en Quarto rumbo a Sicilia (por Induno, Museo del Risorgimento, Milán

rias y que pueden sintetizarse en la citada de Hess al comienzo: la mafia es un método.

Y este método utiliza formas de organización propias del sistema de patronazgo o clientelista. Y en su seno funcionan mecanismos sociológicos e ideológicos propios, que hemos descrito antes (honor, valor, etc.)

El mafioso se hace a sí mismo, asciende a través de una dura competencia, de una verdadera selección. La competencia es total y con pocas reglas: nada es del todo malo o injusto siempre que esté supeditado al ascenso. El mafioso, en principio, y pese a lo que él mismo diga, no es un benefactor de la sociedad, sino de sí mismo y de su grupo y entorno (recordemos que la relación de patronazgo es asimétrica, es desigual). Si es benefactor lo es en última instancia y para sus fines y prestigio. El derecho es sólo un instrumento de su poder, de la fuerza física: *La ley es fuerza, y sólo puede estar con la fuerza,* se dice en el medio mafioso. Esta es la naturaleza del poder mafioso, ligado al fenómeno de la competición por el honor, a sus orígenes honorífico-competitivos, lo que explica también que esa fuerza pueda volverse contra quien la detenta.

El homicidio se acepta cuando se trata de un competidor (4), e incluso puede ser algo honroso. (Como lo es el llevar armas: *Un hombre sin armas está desnudo,* se dice en ambientes de la Camorra. Y esto es así en todo el Mediterráneo).

Pero frente al mafioso se halla un poder teóricamente más fuerte, el del Estado. El Estado no admite, en principio, otro poder que no sea el suyo, y no admite muchas de las acciones violentas de los hombres de respeto. Acepta que ascienda socialmente, pero no su actuación extralegal y extraestatal.

Ya dijimos que el mafioso sube oponiéndose al Estado, quebrantando la ley *(sgarrando),* demostrando que es un poder, que puede salir libre de los juicios, ejecutando venganzas ejemplares, como demostración simbólica de su capacidad. Esto podría acercar la carrera del ma-

fioso a la mera criminalidad, pero el poder mafioso no es mera criminalidad, como veremos.

La actividad del mafioso tradicional de los años 1860 a 1920 aproximadamente, que es la que venimos describiendo, no se desarrolla individualmente, sino que es producto de la actividad de un grupo más o menos amplio de consanguíneos, amigos y parientes llamado *cosca*. Por eso, mafia puede definirse también como conjunto de varios grupos familiar-parentales autónomos que cooperan o luchan por el control de un territorio. La *cosca* no es un clan, ni una *supervivencia tribal,* es un organismo simple, no formal ni burocrático ni necesariamente centralizado. Su espacio depende de su poder. Y su poder del número de miembros, que a veces no pasa de 15 ó 20.

Se trata de grupos fluidos, que se hacen y deshacen por conflictos y escisiones, excepto el núcleo central, la familia natural, que no cambia con el tiempo.

La *cosca* tiene como función la protección y seguridad de sus miembros, que incluye asistencia económica a la familia del preso o de quien ha tenido que huir. La *cosca* reúne a la clientela más estrechamente dependiente del mafioso. Alrededor de la *cosca* podrán desarrollarse luego relaciones de parentesco ficticio y de amistad instrumental.

El mafioso se crea, además, un *partito* (partido), red de relaciones establecida con personalidades y con los detentadores del poder formal local (terratenientes, nobleza, sacerdotes, burócratas, etc.). *Cosca* y *partito* forman lo que suele denominarse *fazione* (facción), relacionada con un grupo de poder de la política local o con un partido político. Varias *fazioni,* por lo general dos, pueden enfrentarse en una localidad, formando dos grupos opuestos con sus seguidores, que pueden sustituir a los partidos políticos.

El poder mafioso

En una etapa posterior, la actividad mafiosa pasa a un segundo nivel. Ahora se institucionaliza, se convierte en poder. Ahora no basta demostrar valor o burlarse de la justicia. Ahora es necesario que el mafioso demuestre ser capaz de realizar actividades de gobierno, utilizando la fuerza si no hay más remedio, pero también por otros medios, como autoridad superior, juez y consejero: es ya un verdadero regulador del conflicto social. Por eso se hace necesario que el mafioso se vea investido de funciones públicas para salvaguardar las leyes tradicionales y el orden constituido, asumiendo poderes que normalmente ejerce el Estado.

El honor se transforma así en poder político, en autoridad. Pero esta autoridad ha de manifestarse de forma tranquila, humilde, antiheroica. Al contrario que el gangster o el bandido, el mafioso no hace manifestaciones vistosas de poder, trata de pasar desapercibido, se autolimita... una vez que todo el mundo sabe ya que es hombre de respeto.

Ahora se adapta a las normas culturales vigentes, ya no es un rebelde, ahora es un hombre modélico. Sigue viviendo en el barrio o en la aldea. Ha de ser parte de familia ejemplar, trabajador infatigable, debe ser respetado por su tacto, por su equidad, por su capacidad de apaciguar. No es un delincuente ni un parásito, en su propia estimación y la del entorno cultural en que vive. Algunos de los más importantes mafiosos fueron hombres humildes que ascendieron por sus méritos, como Vito Cascio Ferro o Calogero Vizzini, hijos de campesinos.

Además, el mafioso no debe dar importancia a la riqueza, al dinero, no busca la acumulación por la acumulación, que lo llevaría a complicarse la vida. A veces entrega tierras a los braceros, o se las vende a precios bajos, como demostración de su capacidad para satisfacer las necesidades de los débiles, a los que ofrece garantías para que los funcionarios del Estado o los ricos respeten algunas obligaciones y derechos en favor de los campesinos (garantizando como contrapartida a los ricos la salvaguardia de sus propiedades).

Este desinterés del mafioso es una inversión: asume el papel de representante de los intereses colectivos amenazados, y esto aumenta su prestigio y su poder. No quiere decir todo esto que el mafioso no quiera ser rico: sus valores son los de las clases más pudientes —lo mismo le ocurre a la burguesía—, hacia las que tiende y a las que quiere imitar. Cuando un mafioso se convierte en tal quiere decir que ya es rico, tiene posesiones, ya ha salido de la mediocridad o de la miseria. Pero honor y riqueza, en la ideología popular siciliana, no se identifican, sólo están juntos. La meta económica no es el valor supremo, y cuando ha alcanzado cierto nivel, la acumulación suele detenerse. Busca más el prestigio y el poder que el dinero, por eso su colocación social es *media,* ni abajo ni en la cúspide.

Como vemos, el mafioso tiene un papel multifuncional en la sociedad rural y tradicional.

Hacia 1860, después de la unificación de

Italia, la mafia se presenta como entidad con la que hay que contar, y cada vez más, hasta fines de siglo y más adelante. Roma lo sabe y delega en ella una buena tajada de poder.

Por lo general los mafiosos colaboran con los gobiernos liberales. La manipulación y control del voto —como en la España de la Restauración— les da un poder adicional importante.

Estado y mafia

La Ley de gobierno local de 1861 da poder a los notables de los pueblos. Estos controlan, además, los impuestos, las obras públicas, minas, huertas, ganado, los jurados, incrementan las conexiones con los poderes locales y estatales —como en España— y protegen diversas formas de delincuencia, como el robo de ganado —como en la España de fines del XIX—. Bastantes políticos italianos meridionales son hombres de las mafias o protegidos por ellas, lo mismo que artistas e intelectuales. El Estado utiliza a los mafiosos para acallar las manifestaciones de protesta campesinas por la persuasión o la fuerza, y éstos se encargan de reclutar a la policía local y del mantenimiento del orden de la calle.

Ideológicamente la mafia es liberal —salvo excepciones, entre las que se cuentan mafiosos de izquierda o fascistas—, y el capitalismo es el sistema político-económico que mejor se adapta a ella.

El mafioso, pues, se convierte en miembro autorizado de las fuerzas vivas. No es un Estado dentro del Estado, como se ha dicho, ni se sustituye al Estado, sino que forma parte del propio Estado, al que sirve desde una postura de mayor o menor fuerza.

La delegación de funciones del Estado a la mafia va a ser un importante factor de integración política en la Italia meridional, y de reforzamiento del nexo Norte-Sur. En esta fase, el poder mafioso tiende a identificarse cada vez más con el poder legal local y con los representantes de éste, convirtiéndose en uno de los principales soportes de ese poder. Y esto, históricamente, no ha ocurrido sólo tras la unificación, sino también en otro momento de cambio radical de régimen: la caída del fascismo en 1943, como veremos: en estos dos momentos, el Estado es débil y debe echar mano de las fuerzas locales existentes.

Las funciones básicas de la mafia tradicional son, pues, la protección, la represión y la mediación.

La *protección* consiste en confiar la salvaguardia de los bienes, propiedades y personas al mafioso de la región, en un medio como el siciliano, tan inseguro. La protección exige ser pagada, lo que es justo, pero nadie puede zafarse de la protección, lo que la convierte en extorsión —el *rackett* de Estados Unidos—. Es una forma de ingreso económico típicamente mafiosa.

La *represión* se ejerce sobre el comportamiento que no se adecúa a las reglas y leyes locales: el mafioso se erige en tutor del orden público contra delincuentes y otros competidores, y mafiosos y Estado colaboran en esta tarea, con métodos parecidos, para suprimir las disfunciones del orden constituido (como cuando colaboraron para acabar con el bandolerismo en Sicilia, en 1947, o como cuando reprimieron los movimientos campesinos de fines del siglo XIX y de la segunda posguerra mundial). Esto es lo que Hess llama *crimen represivo.* Por esta razón, además, movimientos políticos, sindicales y partidos políticos nunca cuajaron del todo en las zonas controladas por los mafiosos, al menos hasta los años 50 de nuestro siglo.

La *mediación* es la función más importante y la que más tiempo ocupa, con mucho, a los mafiosos. Es mediación en los conflictos internos de la sociedad local, y entre ésta y el mundo exterior. Es la función que más agrada a los mafiosos: Calogero Vizzini, *gabellotto* y luego mafioso de Villalba en la primera mitad de este siglo, decía que *en cada sociedad debe haber una categoría de personas que arreglan las situaciones cuando se complican.*

La mediación da fama de *imparcial* al mafioso, y puede ejercerse en innumerables situaciones: un acreedor puede servirse del mafioso para inducir a un deudor a pagar, y viceversa; la víctima de un robo puede ver devueltas sus pertenencias. Su justicia es mejor y más rápida que la estatal. Además, hay conflictos en los que sólo el mafioso puede actuar, al no haber leyes al respecto, por ejemplo, convencer a un matrimonio separado de que vuelva a unirse, o en casos de seducción, de querellas personales, e incluso, pongamos, si hay que convencer a nuestro vecino de que baje el volumen de la radio. A veces es la propia policía la que pide la intervención del mafioso.

También es importante la mediación *hacia afuera:* ciertos mafiosos, por sus actividades o profesiones se mueven entre el campo y la ciudad (viajantes, abogados, médicos, directores de bancos, tratantes de ganado, etc.), atesoran mucha información, se hacen con redes de relaciones y *amistades* con gente influyente. Pa-

recen tenerlo todo: *Chi ha denaro e amicizia tiene in culo la giustizia,* reza un proverbio siciliano. El mafioso, termina diciendo Arlacchi, constituía *el tejido de un universo socioeconómico dominado por la inseguridad y la atomización.*

El siglo XX

La figura del mafioso es inconcebible sin la decadencia y pérdida de legitimidad del orden feudal, y sin el fracaso del Estado burocrático en llevar a cabo la coerción física. Como explica Meligrana en *Mafia, Stato, sottosviluppo,* la mafia es el punto de intersección de varios sistemas normativos: el ordenamiento jurídico feudal, el ordenamiento del Estado unitario italiano, y el ordenamiento jurídico popular. Es lo que podría llamarse salida social de los procesos históricos conectados con la desfeudalización y la introducción del capitalismo en el campo: sería un punto de equilibrio, de recapitulación y compromiso entre las pretensiones divergentes de esos tres sistemas normativos. El mafioso es un elemento equilibrador, termina diciendo el mismo autor, que *interpreta las motivaciones capitalistas, recupera la jerarquización, el personalismo y la clientela feudales, hace suyos y amplía los valores populares tradicionales en el marco de una valorización autónoma y antiestatal de la «sicilianidad».*

La mafia es, pues, una forma de dominación de clase que tendrá su ideología en el sicilianismo, y en el clientelismo el instrumento de esa opresión.

Así, la mafia estabiliza y reestructura la sociedad siciliana posunitaria. En cierto sentido, *empuja* hacia arriba a las clases sociales inferiores, por eso tiene un papel antifeudal; y, además, es la proyección sociocultural de las clases medias meridionales. La mafia no era antaño un fenómeno criminal; pero el Estado, el Norte, la criminalizan, la hacen extralegal: le imponen su capitalismo, y cuando estas emprendedoras clases medias aceptan el reto empresarial, pero concebido autónomamente, entonces el Estado unitario les niega esta autonomía productiva. Añadamos que cuando el mafioso proviene de una clase muy baja, su éxito, el de la cultura mafiosa, sería una revancha de la cultura campesina pisoteada.

La mafia puede considerarse también como una respuesta meridional a la hegemonía político-económica de la burguesía del Norte, es decir, a la presencia histórica del Estado unitario en el Sur. La extralegalidad del Sur y la legalidad del Norte son caras de una misma realidad: la mafia es el límite sur de la penetración del Estado, y la única forma, al mismo tiempo, en que el Estado está presente en el Sur. Esta *colaboración* o mejor colusión entre mafia y poder central no es episódica, sino orgánica. Porque la mafia es antiestatalista pero para afirmarse y sobrevivir necesita reafirmar al Estado. Y el Estado utiliza a la mafia para mantenerse en ese Sur tan difícil.





Esta colaboración es grande entre fines del XIX y principios del XX. En estos años surgen los grandes mafiosos que establecerán todo un *estilo* que se hará clásico. Estos mafiosos no son ya como los de 30 ó 50 años atrás. Ahora ya no se trata de tanteos y ajustes: ahora se consolidan personajes como Vito Cascio Ferro, Genco Russo, Ciccio Cuccia, Nunzio Nasi... Algunos han vuelto a Italia desde la emigración estadounidense, y establecen las primeras relaciones entre mafia siciliana y Cosa Nostra americana (recuérdese *El Padrino II)* y las primeras colaboraciones (como es el asesinato en Sicilia del teniente de la Policía estadounidense Joseph Petrosino en 1909 (5)). Muchos mafiosos serán protagonistas de procesos de los que casi siempre saldrán libres, lo que, desde una perspectiva mafiosa, au-

mentará su prestigio. En la Italia a caballo de los dos siglos son importantes también las relaciones entre mafiosos y políticos: Francesco Crispi, siciliano, jefe de Gobierno a fines de siglo; V. E. Orlando, también siciliano, jefe del Gobierno a comienzos del XX, y otros. Vinculados a mafias hay también escritores, como Luigi Capuana y, parece ser, Luigi Pirandello.

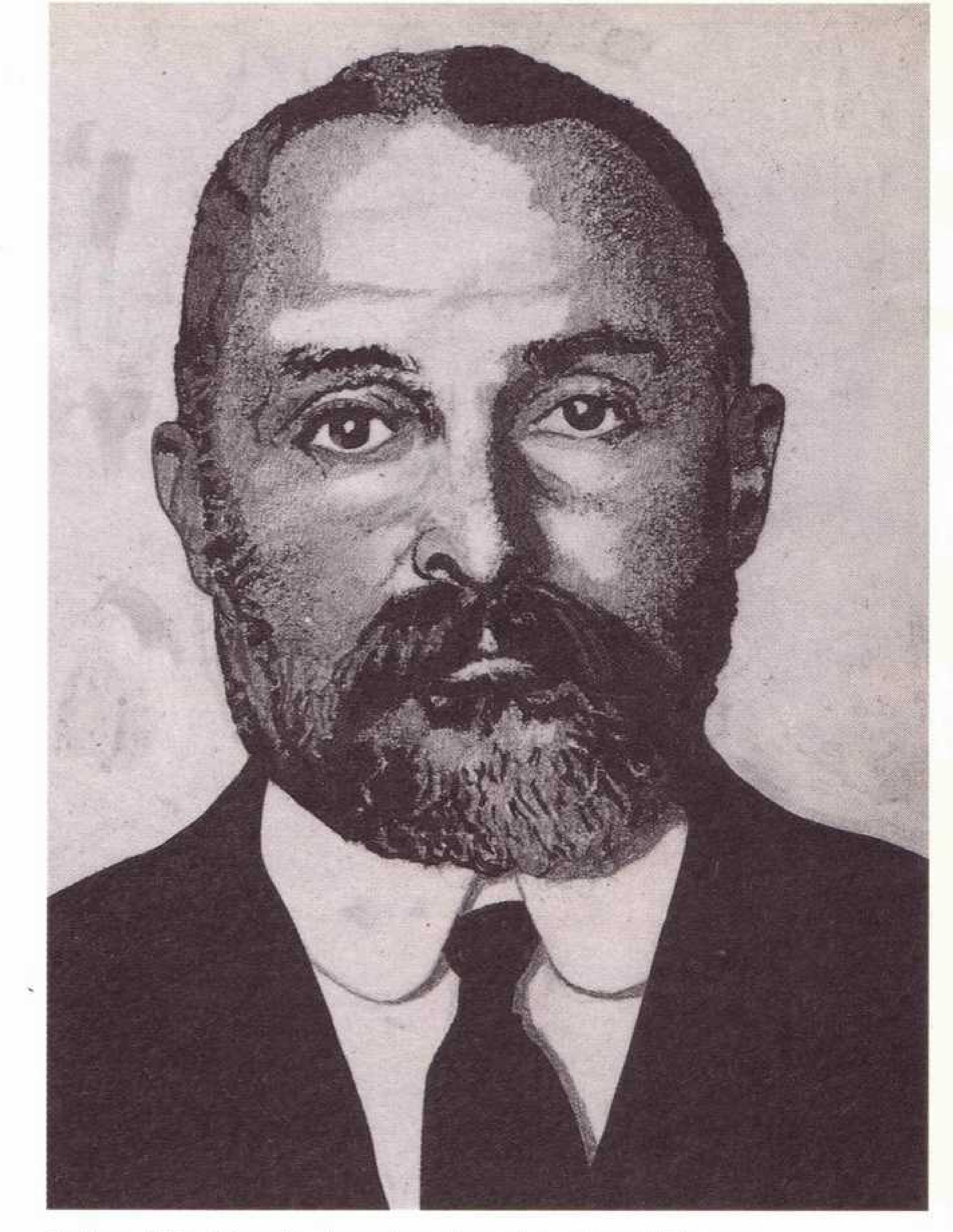
Durante la Gran Guerra muchos hombres de respeto hacen su agosto vendiendo material o animales al Ejército a precios exorbitantes: como Vizzini, mafioso de Villalba, y como Genco Russo, o Cuccia.

Y siguen controlando el voto rural siciliano y las fidelidades políticas. Pero la toma del Estado por el fascismo en 1922 significa la pérdida de poder de las mafias, al suprimirse las elecciones y al no permitir el Estado ningún otro poder, y pronto muchos mafiosos, sobre todo pequeños, son barridos por la durísima y sangrienta represión del prefecto Mori, enviado por Mussolini a Sicilia en los años 20. Muchos otros mafiosos optan por *congelarse* durante el fascismo, otros optan por emigrar a Estados Unidos, y la mayoría de ellos va a situarse en contra del régimen. Otros van a colaborar con los Aliados en la invasión de Sicilia el 10 de julio de 1943: Lucky Luciano, Vito Genovese y otros notables mafiosos estadounidenses, junto a mafiosos locales, como el mencionado Vizzini, han facilitado en gran medida la invasión aliada (6).

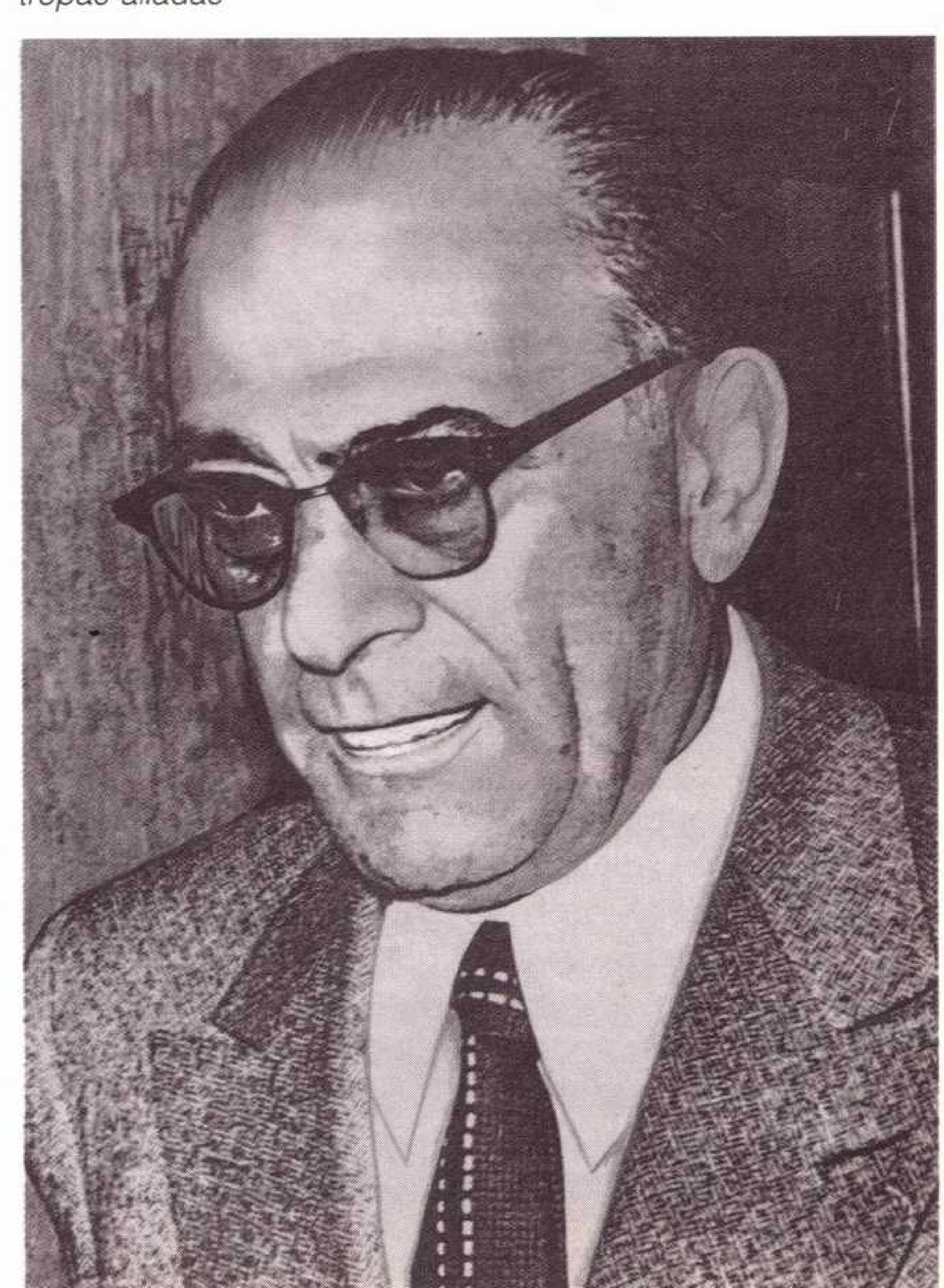
La caída del fascismo permite a los mafiosos menos afectados tratar de recuperar el tiempo y el poder perdidos o congelados durante veinte años. Para ello cuentan con bazas importantes: el apoyo de las mafias estadounidenses de origen italiano y el del AMGOT (gobierno militar aliado).

Sobre la marcha, en los días de la invasión, don Calogero Vizzini (el *resucitador* de la mafia siciliana), es nombrado alcalde de su pueblo por un oficial de Patton, y otros mafiosos lo serán en otras localidades. Romano dice que *la mafia es investida por primera vez de una función política en pago a los servicios prestados a los aliados*. Si hasta ahora las mafias habían sido aliadas del poder, ahora irán identificándose con el poder mismo.

Mientras, bajo el ala del AMGOT, los mafiosos acaparan, entre otras cosas, el mercado negro, acaban con las bandas de contrabandistas y bandidos, y remozan su antigua tarea de protectores de feudos —Vizzini del feudo Micciché— ante las exigencias campesinas y la reforma agraria que se avecina (1950), impulsada por el nuevo régimen de Roma. Los

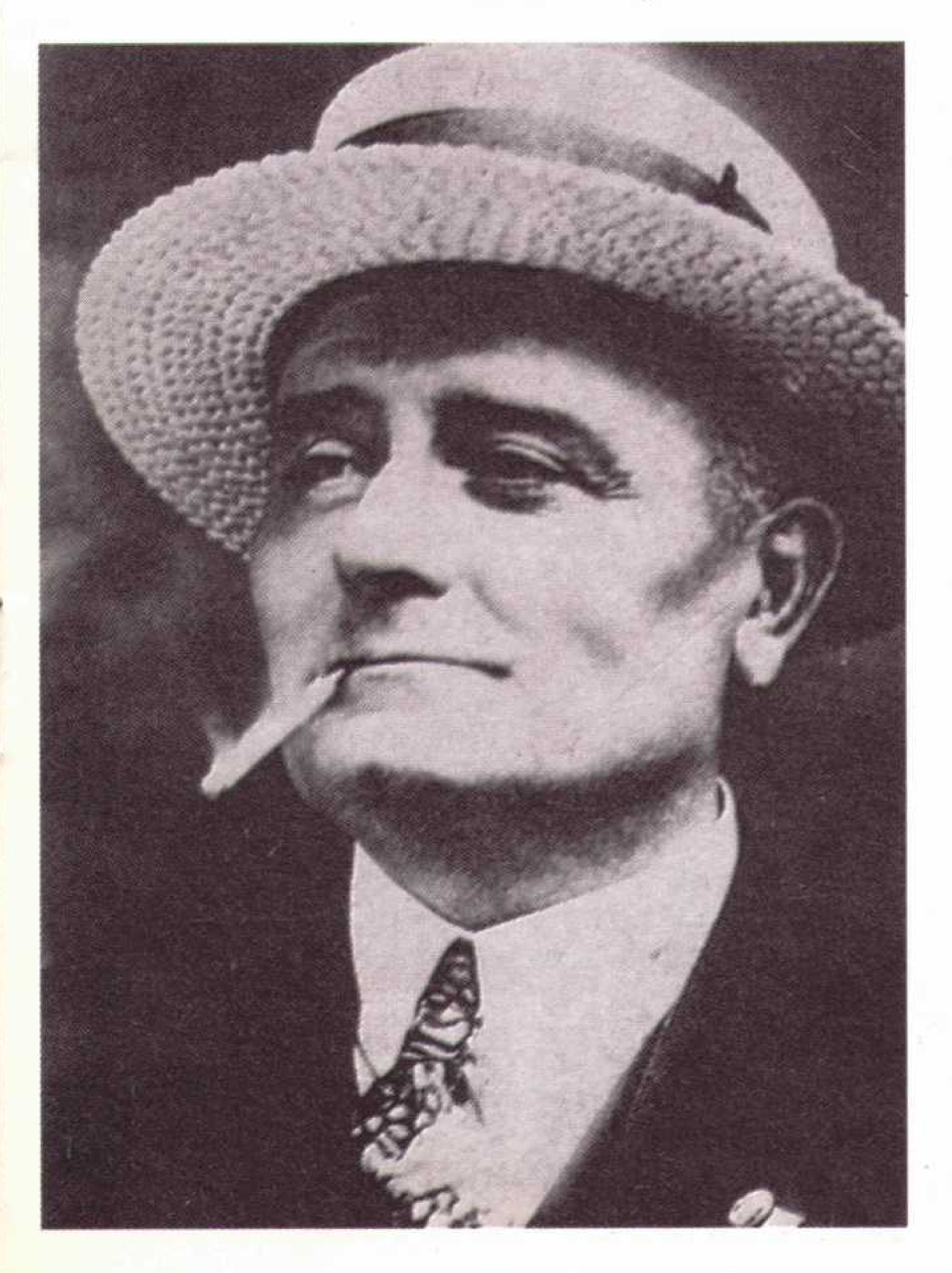


Arriba, *Vito Cascio, hombre de origen humilde que convirtió la Mafia en una máquina de hacer dinero y poder por medio de todo tipo de delitos.* Abajo, *Vito Genovese, mafioso norteamericano, con raíces sicilianas, que facilitó la invasión de la isla por las tropas aliadas*





Arriba, *Joseph Petrosino, teniente de la policía de Nueva York, que viajó a Sicilia para cortar las raíces de la Mafia y fue asesinado personalmente por Vito Cascio.* Abajo, *Cesare Mori, jefe de la policía de Sicilia, durante el fascismo y azote de la Mafia*



mafiosos que apoyan a las izquierdas son eliminados y se ataca a los movimientos sindicales y campesinos. Un mafioso, Lucio Tasca, escribirá un libro sintomático sobre las nuevas andaduras de los hombres de respeto. *Elogio del latinfondo,* una advertencia contra las veleidades campesinas (7).

Luego la mafia va a apoyar al separatismo siciliano, que se ve alentado también por británicos y estadounidenses y por los grandes mafiosos americanos. Algunos esperan hacer de Sicilia, afirma Huré, la *Malta del futuro;* otros pretendían, al parecer, la unión política de la isla a Estados Unidos... La autonomía concedida a Sicilia en 1946 calma en buena parte las expectativas de los sicilianistas y de los mafiosos, que abandonan el separatismo.

La mafia es la encargada de hacer que las derechas ganen en las elecciones sicilianas de 1948. Los restos del Partido liberal, repleto de mafiosos, y la Democracia Cristiana se unen; luego, muchos mafiosos, como Vizzini, se pasan a la DC. Entre 1944 y 1948 las mafias (y el gobierno) desarticulan el movimiento campesino, y son elevadas al rango de *elemento fundamental del nuevo renacer italiano.* Genco Russo se convierte en Caballero de la Corona de Italia en 1946.

Sicilia se estabiliza. Los mafiosos se han afianzado de nuevo, y su reinado va a ser duradero. Con todo, la guerra, el cambio de régimen, la autonomía, la reforma agraria, la democracia, el crecimiento económico, la emigración, el fortalecimiento del Estado y otros factores van a producir cambios importantísimos en el panorama mafioso.

Los años 50 y 60

Algunos factores inciden especialmente en los cambios estructurales e ideológicos de la mafia. La emigración de meridionales al Norte —que incluye también a mafiosos medios y pequeños— despuebla bastantes regiones mafiosas y priva a los mafiosos que se quedan de una parte de su fuerza humana. Esto hace que la competencia disminuya, se produce una crisis en la forma de poder y comportamiento mafioso.

Los anteriores valores colectivos y populistas se sustituyen por valores individuales y más *derechistas,* cambian las pautas sociales y de consumo. Comienzan a identificarse honor y riqueza —lo que ocurre, por otro lado, en toda Italia y en otros países en crecimiento—: riqueza, éxito económico y poder pasan de ser unos

valores entre otros a ser valores sociales fundamentales, a ser la prueba y la manifestación de la valía. En esto los mafiosos imitan a la burguesía del Norte, y puede considerarse resultado de la cada vez mayor integración cultural de las regiones del Sur, y por tanto de las zonas mafiosas, en la comunidad nacional; pero también puede verse como una septentrionalización de las costumbres.

De todos modos, esto les ocurre no a los mafiosos consolidados, sino a los pequeños, a los de la periferia del mundo mafioso, a los más expuestos a las influencias exteriores, a quienes les es más fácil reorientar su comportamiento. Asimismo, la disminución de la conflictividad intermafias reduce la importancia de la mediación, básica en el comportamiento mafioso. Y esto les hace perder legitimidad social.

En segundo lugar, el desarrollo de los partidos de masas en el Sur priva parcialmente a los mafiosos de su peso en la vida política.

En tercer lugar, el Estado es más fuerte y no necesita delegar en la mafia, en la medida en que lo hacía antaño, el mantenimiento del orden y la represión. Esto pone en peligro otra de las bases del poder de la mafia. Y fruto de ello son las campañas represivas antimafia desencadenadas por el Estado en los años 50 y 60. La Comisión Antimafia de 1962 es la culminación de esta nueva dirección de la política estatal. Esto modifica las relaciones entre el poder político y el mafioso, pero empuja a la mafia a actuar menos en consonancia con el Estado, a colocarse en una postura más marginal.

La crisis de identidad de los mafiosos en los 50 es profunda, y su prestigio en amplias capas de la población se resiente, vacila y decae: se parecen cada vez menos a los mafiosos de antaño, se dirá. Es ahora cuando se empieza a considerar a los mafiosos como delincuentes, la gente habla cada vez más en público de ellos, los critica, incluso son objeto de burla. Paulatinamente se pierde el respeto a los hombres de respeto. El concepto de *omertà* pierde en parte su sentido, y algunos comienzan a no considerarse indignos por delatar a un mafioso.

Son los años, hemos dicho, de las detenciones masivas y de los *maxiprocesos:* en los 60 caen muchos hombres de la *vieja mafia* (Frank Coppola, Francesco Garófalo; Giuseppe Magaddino, Luciano Liggio, Giuseppe Greco), que los nuevos mafiosos sustituyen sociológicamente, con su nueva mentalidad y sus nuevos intereses; Pietro Torretta, los hermanos La Barbera, Tommaso Buscetta, y otros. Estos son personajes más inciertos, menos *cuajados*. Su papel se aproxima al del gangster urbano alejado de sus raíces populares y rurales.

Muchos de los nuevos mafiosos son de ciudad, son menos populares en su medio, se proyectan fuera de su mundo originario, han perdido muchos de los principios de los hombres de respeto, e *incluso* se involucran en el tráfico de drogas (el cine nos ha mostrado la lucha de la vieja mafia *que no quiere drogas* contra la nueva que sí las quiere).

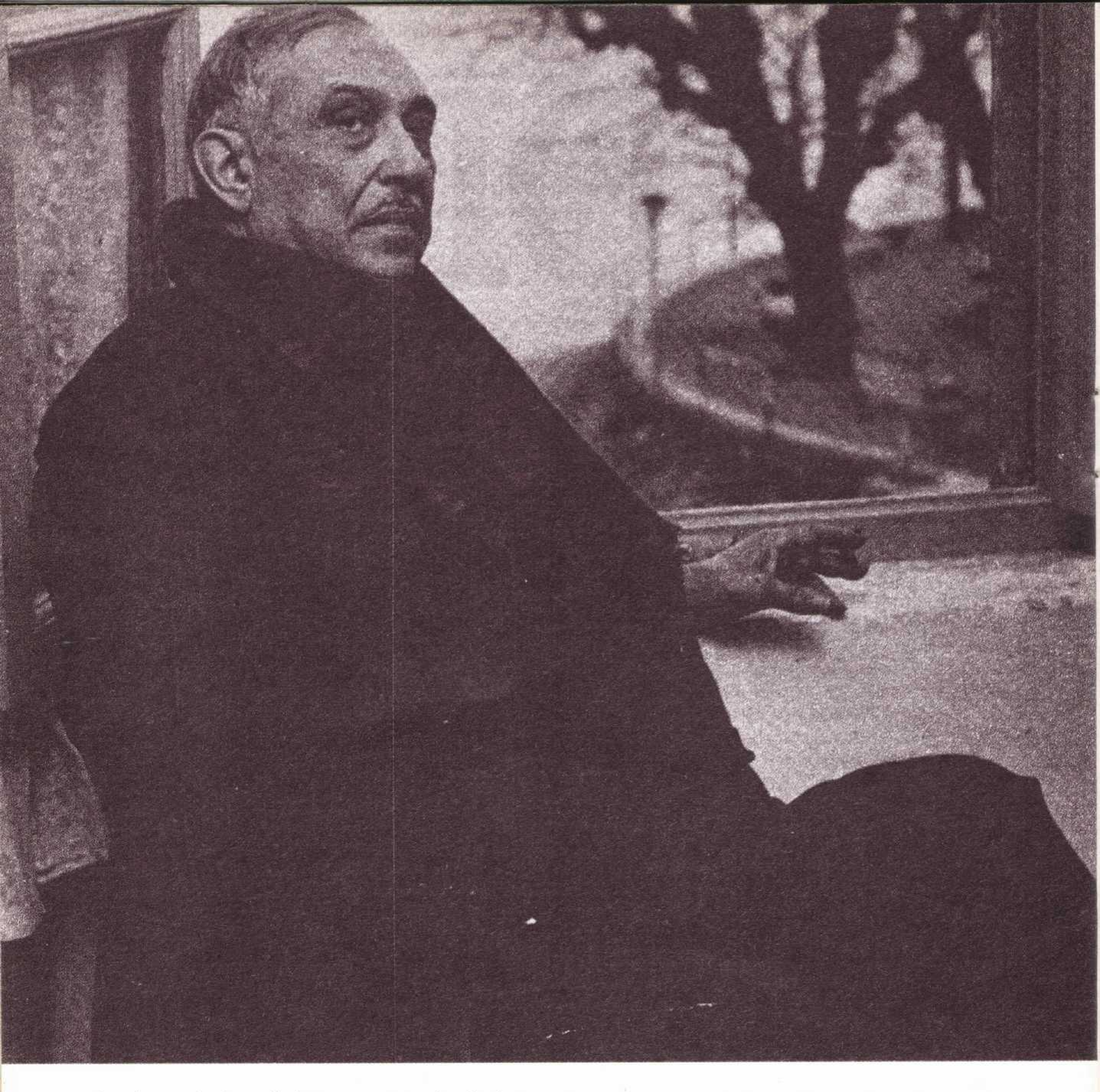
Oscilan ahora los mafiosos entre el deseo de participar en las empresas y su incapacidad para lanzarse decididamente a una verdadera acumulación capitalista: Buscetta fracasará, y otros dedicarán sus enormes ganancias ilegales al consumo y al lujo, en vez de reinvertirlas en otras actividades, como los hermanos La Barbera.

La creación de la Región Autónoma siciliana en 1946 había permitido a la DC controlar la economía de la isla. Y ello a través de la concentración de enormes poderes en un *lobby* de políticos y especuladores democristianos no mafiosos, poderosos y unidos, a cuyas manos pasará el enorme presupuesto regional y el aparato administrativo. Estos repartirán los puestos y cargos sobre todo entre individuos de las clientelas mafiosas tradicionales, que quedaron incluidos en las estructuras oficiales, pero subordinados a los capitostes políticos, lo que era algo nuevo, con el fin de evitar el pluralismo de poderes y la competencia. Los políticos controlarán, además, el sistema financiero y las principales instituciones económicas de la capital isleña, Palermo.

Muchos mafiosos se enfrentaron a la disyuntiva de entrar en el sistema de poder democristiano o bien de ser *mal vistos* por la Ley, que en aquellos tiempos reprimía con dureza. Si se entraba en él se obtenían grandes ventajas, pero se perdía la propia autonomía.

Así, de la noche a la mañana, numerosos mafiosos se vieron colocados en puestos oficiales, provinciales y regionales, como Vito Ciancimino, Filippo Rubino, la familia Guttadauro, Giuseppe Brandaleone, etc., otro alcanzó la presidencia de la Región Autónoma (Giuseppe La Loggia, y hubo incluso una mafioso rector de la Universidad de Palermo.

La administración y planificación de intereses tan variados y amplios no necesitaba burocracia, ni conspiraciones ni sociedades secretas: se hacía como lo habían hecho siempre los mafiosos, a través de sus propios mecanismos, de las relaciones de parentesco reales o ficticias y de amistad que ligaba a los



miembros de los distintos grupos (cuñados, primos, clientes, etc.), cada uno de los cuales poseía o, mejor, *usufructuaba,* un trozo de poder oficial. Los conflictos internos se resolvían en encuentros informales; pero las infracciones se castigaban muy severamente. Así, paradójicamente, la ayuda al Sur y a Sicilia permitirá a las *cosche* mafiosas participar directamente en la gestión de los asuntos públicos.

Paralelamente, y por lo que respecta a los mafiosos, su admisión en las instituciones administrativas estatales redujo la carga de violencia de aquéllos, pero también su *presencia* en la calle y ante la opinión pública. La difuminación de la *vieja mafia* y la aparición de la *nueva* hará creer, equivocadamente, que la

Genco Russo, uno de los padrinos más poderosos de la Mafia en los años cuarenta-cincuenta; en 1946 fue nombrado caballero de la Corona de Italia

mafia como tal está desapareciendo y que va a ser sustituida por una forma más moderna y menos peligrosa de criminalidad urbana meramente gangsteril... En realidad, iba a producirse ahora una enésima adaptación. Iba a nacer la mafia empresaria.

Los años 70 y 80

En estas dos décadas se produce un salto cualitativo en la mafia, debido a varios facto-

res. Primero, el flujo migratorio Sur-Norte disminuye hasta valores mínimos, la emigración ya no es un desahogo demográfico ni económico, y la competencia laboral, empresarial y mafiosa vuelve a ser fuerte.

En segundo lugar, en estos años se reduce la intervención y la presencia estatal en el Sur, se produce una progresiva *perdida de centralismo* en la acción del gobierno de Roma, paralizada por la multiplicación de centros de poder estatales, paraestatales e ilegales por causas diversas que no podemos analizar aquí, que desmenuzan el sistema político italiano, lo que contribuye a la desintegración política del país, que aún continúa en 1991.

En el Sur, en Sicilia, el Estado ya no tiene apenas efectos unificadores, sino disgregadores. Esto se constata en particular en el campo económico-político: el Estado ha creado tensiones entre los sectores que en los 50 y 60 recibieron *algo* y los que no recibieron nada, y, por tanto, se desencadena una feroz competencia por el poder, en la que intervendrán un tipo de mafioso de nuevo cuño.

Efectivamente, en este contexto nace la mafia empresaria. Los mafiosos se ven obligados a desviarse de muchas de las normas tradicionales, que ya no resultan tan útiles, y a pensar y a actuar fuera de ellas. Algunos mafiosos no van a aceptar pasivamente la nueva situación, y su reacción es de tipo innovador, concentrando sus energías en la acumulación de capital, que es, ya, la única vía para adquirir honorabilidad y poder; pero en una acumulación que no va a ser fin en sí misma.

La relativa *retirada* del Estado multiplica las posibilidades de acción de los mafiosos. Hemos dicho que mucho de lo tradicional se deja en la cuneta, pero una parte del bagaje cultural de la mafia de antaño va a subsistir. El mafioso adapta esos valores continuamente a la realidad y selecciona los más adecuados. Es decir, ahora va a trasladar el método mafioso a la organización empresarial del trabajo y la conducción de los asuntos externos de la empresa. Es el encuentro entre mafia y empresariado, es la utilización industrial del poder mafioso, que se va a producir en Sicilia y —también, en parte— en Calabria y en Nápoles.

Como antaño, el mafioso va a emplear las conexiones, la *familia,* las *amistades,* el mecanismo clientelista y, sobre todo, la violencia como fuerza económica. Este nuevo mafioso no se ve frenado por consideraciones legales y culturales que actúan sobre los demás empresarios no mafiosos. La utilización de la violencia le permitirá modificar las relaciones de propiedad y de producción existentes, con el fin de obtener los grandes capitales que necesita para reinvertirlos en sus empresas.

La ilegalidad y la violencia confieren a la empresa mafiosa una superioridad real sobre la no mafiosa, pues le permite eventualmente *disuadir* a la competencia con la intimidación, o *proteger* y controlar las contratas y mercados en el territorio que *posee* de forma monopolista.

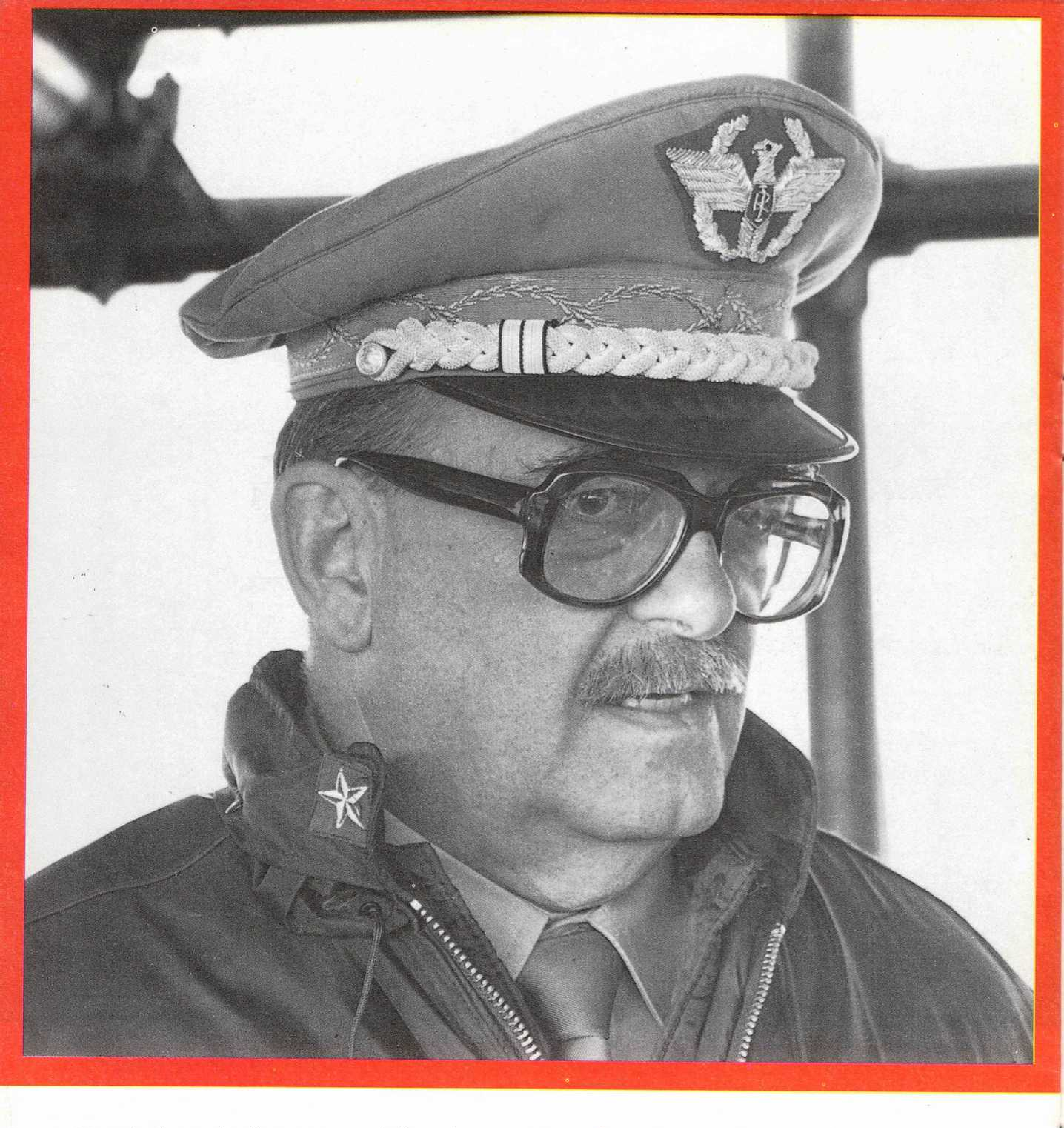
La violencia permite, además, comprimir los salarios, controlar el mercado de trabajo, a través también de la contratación directa (como antaño) y no de las oficinas de empleo; no se tolera la intervención sindical, no hay pagas extra, ni protestas ni conflictividad laboral. Como decía un mafioso, este tipo de empresa es *el ideal para cualquier capitalista.* Por eso pueden competir con ventaja con las no mafiosas, y obtener beneficios muy superiores.

La violencia, finalmente, permite al empresario disponer de enormes recursos financieros: lo ganado con lo ilegal —sin impuestos, además— puede emplearse en lo legal, como se verá luego, al no existir en Italia, o ser débiles, las barreras entre la esfera legal y la ilegal. Con ayuda de los bancos el dinero *negro* o *sucio* se *blanquea,* se *limpia.* Y este es otro factor de superioridad de la empresa mafiosa moderna sobre la no mafiosa.

Por si fuera poco, las empresas no mafiosas buscan la alianza de las mafiosas: así se evitan conflictos laborales, aumentan los beneficios, pagan menos a los empleados, ahorran dinero. Muchas empresas conocidas utilizaron y utilizan este sistema: uno de los casos más famosos fue el de la alianza entre la *Coca Cola* y la 'ndrángheta calabresa en 1971 (8).

Otras mafias han hecho negocio con la droga. Se trata de una categoría restringida de mafiosos —en Sicilia, Calabria, Campania—, que obtienen ganancias astronómicas, unas 1.500 veces lo invertido (!), en un mercado ideal para un capitalista, pues no sufre la influencia de los consumidores, y además el tipo de empresa mafiosa se presta extraordinariamente bien a esta actividad, dadas sus características. En el narcotráfico hay sicilianos como los Inzerillo, los Gambino, Bontade, Spàtola, Badalamenti —pero también napolitanos y calabreses—, que hoy han apartado parcialmente a los *marselleses* (corsos), y que se relacionan con grupos mafiosos estadounidenses y con *narcos* latinoamericanos, y tienen nexos en otros países, entre ellos España.

Volviendo a la empresa mafiosa moderna, la gravedad del fenómeno consiste hoy no ya en que los negocios mafiosos sean un com-



General Dalla Chiesa, jefe de los carabineros italianos, nombrado responsable, con poderes especiales, de la lucha contra las Brigadas Rojas y contra la Mafia, que lo asesinó en 1982

ponente improductivo como antaño, sino en que son una fuerza productiva arraigada en las estructuras básicas de lo socioeconómico en áreas cada vez más amplias. Sus métodos de adquisición brutales son típicos del capitalismo primitivo, pero sus programas de inversión y sus métodos de gestión son los del capitalismo moderno. La entrada de los mafiosos en la competencia industrial —entrada a gran escala— representa una innovación radical en el fenómeno mafia.

Ya dijimos que el mafioso de antaño no hacía ostentación de su riqueza ni buscaba notoriedad: era *un señor*. Para el mafioso de hoy, ahora que la cultura tradicional pierde pie, el consumo vistoso se hace más necesario que el mero bienestar y el prestigio social. Hoy se refina, se cultiva, utiliza los medios de comunicación, incluso hace propaganda.

Pero su mentalidad sigue anclada por algunos puntos a la cultura tradicional. El mafioso

ha asumido los valores del capitalismo y del liberalismo: el beneficio y el poder evidente son la meta, y no sólo un medio de satisfacer necesidades materiales. Es decir, actúa como los empresarios no mafiosos.

El mafioso de hoy

Su modelo ya no es la burguesía agrícola o profesional del Sur, sino la burguesía industrial, comercial y financiera. Se llaman a sí mismos *industriales* o *empresarios*. El origen social sigue siendo variado, pero hoy hay ya muchos profesionales y burgueses urbanos: licenciados, procuradores, abogados, presentadores de televisión, incluso directores de colegios, atraídos por la ganancia rápida.

No es fácil, lo mismo que antaño, que el hijo del mafioso herede el *status* del padre, debido a que los principios mafiosos no se basan en la herencia sino en la libre competencia interna y en las aptitudes personales, y es difícil imponer desde lo alto un candidato. Sin embargo, en la mafia empresaria hay una tendencia en la actualidad hacia el control de la movilidad interna, por medio de agregaciones mafiosas más estables y permanentes, *hereditarias,* pero no es lo más frecuente.

El grupo mafioso actual suele ser más numeroso que hace años: hoy puede llegar a tener de 70 a 80 personas. Su centro está formado por un núcleo de una o más familias biológicas de grandes dimensiones, la *cosca* moderna. Quien entra a formar parte de una *cosca* se ve involucrado en las redes parental-amicales: la familia, la parentela, el compadrazgo, matrimonios, clientelas, en un sistema muy amplio que puede reunir a cientos de personas, sobre una base territorial, que no excluye las relaciones supraterritoriales, y que ha podido dar lugar a que ciertos estudiosos y sobre todo los profanos se crean ante una *organización mundial.*

Los grupos mafiosos más poderosos son los más numerosos. Pero planea, como siempre, la amenaza de la disgregación.

Hoy no todo es tan fácil como antes. Una serie de elementos pone límites al capitalismo mafioso. Antes la relación con la Ley, con el Estado era menos peligrosa, más cómoda. Hoy la presencia de la Ley es una de las principales preocupaciones del mafioso, hoy ya no es fácil maniobrar o sobornar para no ser inculpado.

En el ascenso del mafioso actual ya no se da una primera fase de choque con la Ley y una segunda de adaptación y de colaboración, con ella, como en tiempos pasados. Hoy el choque es continuo, lo que le produce una angustiosa sensación de peligro constante, de incomprensión, de marginación, pues todavía, como antaño, se creen en cierto modo benefactores, elegidos, pilares de la sociedad. Numerosos mafiosos van a parar a la cárcel en estos años. Por eso deben tener todo un servicio de abogados, de expertos, como se ve en las películas sobre la mafia y la Cosa Nostra.

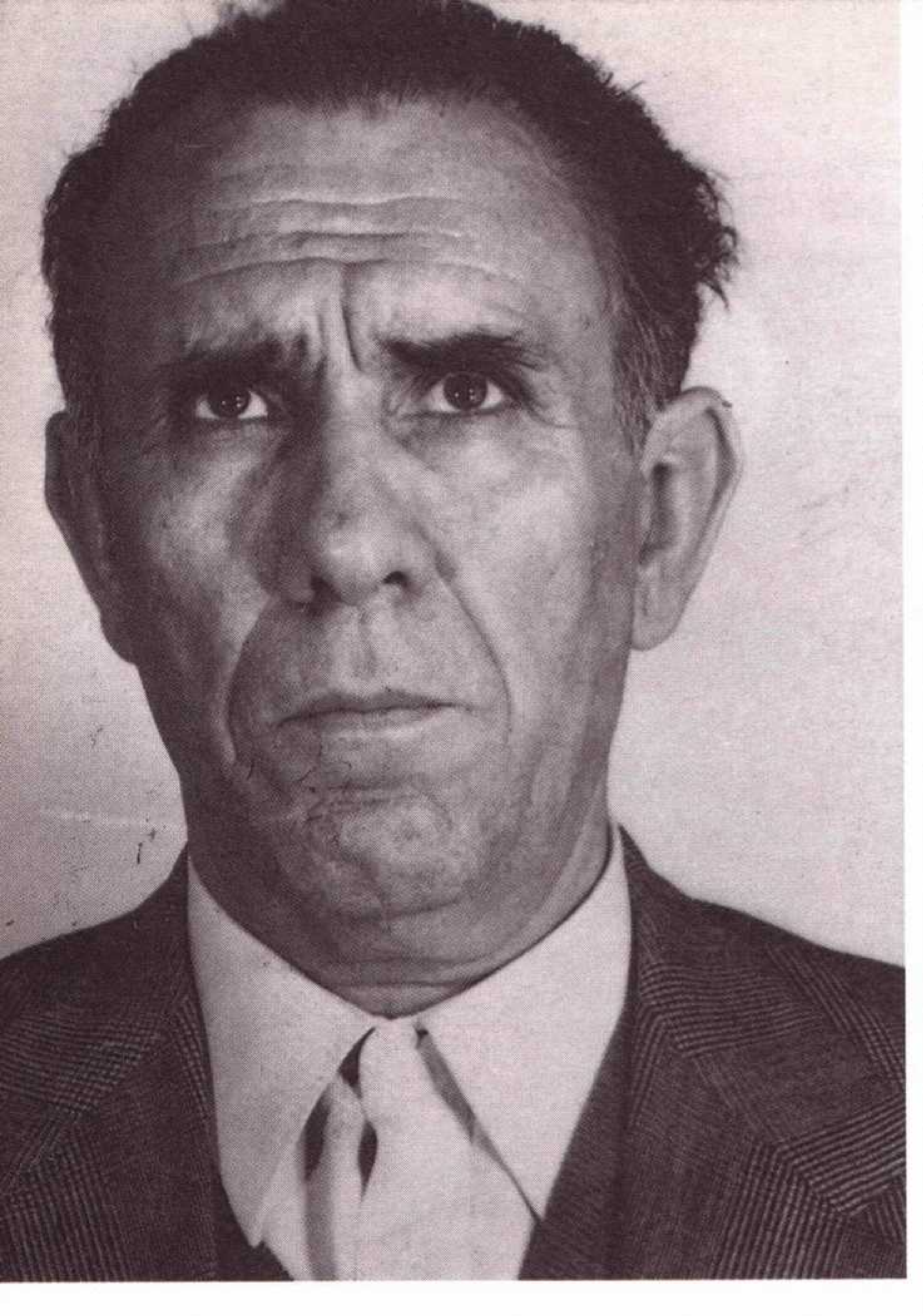
Y hoy los intereses son tan grandes que su defensa ha de hacerse también con métodos *grandes:* no se duda en eliminar a jefes de policía, a jueces, a gobernadores —el general Carlo Alberto dalla Chiesa (9), que había derrotado a los Brigadas Rojas, fue nombrado gobernador de Palermo para luchar contra la mafia, pero fue asesinado en 1982.

La lógica del mercado ha hecho que los nexos culturales y territoriales se hayan convertido en una cadena de expansión de la actividad empresarial mafiosa. La invasión de los territorios de los demás se convierte hoy en una necesidad permanente, lo que trae consigo conflictos continuos, *guerras de mafias.* Si antes el recambio generacional se producía en media cada 20-25 años, hoy este equilibrio se ha roto, y los conflictos son numerosos a causa de la expansión ilimitada. Este es uno de los *handicaps* de la actividad mafiosa.

Otro problema lo constituye el hecho de que los mafiosos, con su mentalidad caciquil., suelen convertir los antagonismos impersonales del mercado en antagonismos personales: es decir, un conflicto económico se transforma en político, como si se diese entre dos comunidades políticas soberanas. Es, pues, la guerra de todos contra todos (10). Ya no hay capacidad de autorregulación, como antes. Hoy las alianzas son cada vez más precarias y los grupos más inestables, lo que es otra causa de conflictos frecuentes. En realidad, el propio capitalismo no mafioso presenta hoy algunas de estas limitaciones.

Resumiendo, en la empresa actual mafiosa no hay —¿todavía?— separación total entre comportamientos mafiosos tradicionales y la moderna objetividad y racionalidad empresariales. Esto ha creado, una forma original de acumulación, un nuevo tipo de empresa capitalista: la acumulación mafiosa del capital, la empresa mafiosa.

También ha habido cambios en el campo político-institucional en el seno del poder mafioso en los 70 y 80: ha aumentado la competición



Izquierda, *Gaetano Badalamenti, uno de los últimos grandes capos de la mafia siciliana, fue detenido en Madrid en 1984.* Derecha, *atentado mafioso en Palermo, 29 de mayo de 1983: resultaron muertas cuatro personas, entre ellas el magistrado Rocco Chinnici, que había encargado diversas investigaciones sobre la Mafia*

política y la autonomía del poder mafioso.

La parcial retirada del Estado y la disgregación institucional en el Sur se ha manifestado a través de la crisis del modelo de redistribución de los recursos públicos, como vimos antes. En los años 50 y 60 la entrada de estos recursos en el Sur estuvo controlada por intermediarios políticos, como se dijo. Pero no iba a haber para todos, y esto aumentó la competencia entre las distintas coaliciones internas de cada partido gubernamental, y la lucha para obtener lo que cada vez era menos abundante fue feroz. Para hacer frente a esto, los partidos y los políticos hicieron una inversión peculiar: se aliaron con grupos mafiosos, por su carácter de grupos de presión estables, lo que tuvo y tiene gran rentabilidad política y electoral.

Así, las principales *cosche* sicilianas —y calabresas— disponen en la actualidad de clientelas y de bases de poder autónomas, que se pueden transformar fácilmente en máquinas electorales y en fuerzas de presión política, contribuyendo ulteriormente a la disgregación política italiana.

Esta autonomía política del poder mafioso es uno de los rasgos fundamentales de la situación actual, y es una novedad respecto a la vieja relación mafia-política de décadas pasadas. Los mafiosos empresarios son conscientes de que poseen una buena tajada del poder económico regional, se sienten miembros de la clase dirigente —pese a sus conflictos con la Justicia y con la parte no mafiosa de la élite empresarial—, y han ido formando una expresión política y una ideología adaptadas a sus necesidades. Sus relaciones ya no se establecen sólo con el político del lugar, sino con los políticos de fuera, con la política legal, paralegal e ilegal del aparato estatal (11). Se crean nexos entre los dirigentes mafiosos, los dirigentes políticos y los sectores del mundo económico y financiero local y nacional, sobre todo con grandes corporaciones dedicadas a las grandes obras públicas, y entre grupos mafiosos financieramente fuertes y ciertos sectores del capital financiero nacional e internacional. Esta es la obra maestra del abogado y mafioso siciliano Sindona —luego asesinado en la cárcel—, al crear un canal de comunicación entre el circuito financiero legal y el ilegal —drogas, por ejemplo—. Todo esto ha proyectado al poder mafioso en el seno del poder político nacional. Hoy han vuelto a controlar la vida política del Sur, de Sicilia (los mafiosos, por ejemplo, utilizan su peso electoral en favor de sus propios candidatos provenientes de las propias *cosche*), y la vida económica.

Antes hemos aludido a la ideología de la mafia. Digamos que la justificación ideológica se basaba antaño en valores y argumentos tales como el honor, el respeto, cierto populismo, etcétera. Esto parecía bastar para el viejo mafioso. Hoy la ideología de defensa de la mafia se centra en argumentos de tipo étnico y territorial: defensa de la etnia siciliana, de la sicilianidad, etcétera, y tiene sus raíces en el siglo XIX por lo menos, habiendo oscilado entre un *regionalismo* moderado y el separatismo armado.

Ahora el sicilianismo habla nada menos que de civilización sícula, de aportación siciliana a la civilización universal. Exacerba el victimismo tradicional —que, en parte, dadas las relaciones históricas Norte-Sur, es comprensible—. Se llega incluso a presentar a la mafia como alternativa al odioso Estado. Y todo esto encaja en la etnoideología siciliana. Algo pa-



recido está ocurriendo en Calabria, Campania y en el resto del Sur.

Terminemos diciendo que la mafia, hoy, es un poder político, y uno de los más conspicuos, y no está aislado como antaño, y como la 'ndrángheta calabresa y la camorra campana, se consolida cada vez más, *mafiosiza* otros sectores y estratos no mafiosos de la vida política y social, proporciona un *estilo* a ciertas costumbres, funciona muy bien en un país en el que muchas cosas —y sobre todo el Estado— funcionan mal.

'Ndrángueta

Es la mafia calabresa. Es la más parecida a la siciliana. Aquí también, el ndranghetista es el hombre que se hace respetar, que sube, que forma un grupo o *ndrina*. En un principio puede ser intermediario entre campesinos y señores, centro de una red de favores y servicios que se va ampliando; y desempeña las funciones clásicas de protección y mediación. En el campo las *ndrine* conservan sus características tradicionales, pero en las zonas urbanas son más *americanas*. El ndranghetista controla sectores de la economía y se relaciona políticamente con poderes locales, provinciales y nacionales, al igual que los mafiosos sicilianos. Varias *ndrine* pueden unirse o colaborar, pero por lo general conservan su autonomía.

Los cambios de la segunda posguerra han transformado el panorama: la estructura y los nexos de parentesco, real o formal, han ido cediendo terreno ante los territoriales asociativos, sobre todo en los años 60. En los 50 y 60 los ndranghetisti, como los mafiosos, se ven lanzados al margen del sistema social, mientras que antes se situaban en su centro. Luego, en los 70 y 80, como la mafia, la 'ndrángheta se moderniza, ahora prima la acumulación sobre el prestigio. Invierte sus enormes ganancias legales o ilegales (fruto del negocio de los secuestros, de la droga, etcétera) en actividades y sectores legales. Y trata de controlar las grandes obras públicas, que producen beneficios astronómicos —los ndranghetisti de la zona de Reggio Calabria consiguieron controlar nada menos que la construcción del puerto de Gioia Tauro en 1974.

Importantes ndranghetisti de las dos últimas décadas han sido De Stefano, los Tripodo, los Mammoliti, Giuseppe Piromalli —detenido en 1984— y Giovanni Stilo, el cura ndranghetista.

Es la *mafia* de Nápoles y su región, Cam-

pania (y de ciertas zonas de Apulia). No se conoce el origen del término camorra (quizá provenga de *gammurra,* vocablo de una lengua prerromana). En cuanto al origen de este sistema clientelista campano, no deben considerarse las teorías que le atribuyen un origen español, ni las que la hacen surgir en el siglo XIV o en XVIII. Es posible que, como la mafia, no tenga *una fecha* de nacimiento, sino que sea una manifestación moderna de fenómenos socio-políticos y culturales más antiguos.

Camorra

En el siglo XIX se la menciona como *policía paralela, asociación, banda* e incluso *mafia,* y se la describe como implantada en las cárceles y como *sociedad secreta de protección.* Pero su desarrollo desde el siglo XIX avala la tesis de una forma de clientelismo o sistema de patronazgo no muy diferente de la mafia.

Parece ser que en el XIX el pueblo la prefería al Estado borbónico y, luego, al piamontés, pues su justicia era buena, eficaz, barata y más equitativa que la gubernamental... Entre sus actividades se enumeran la protección, ayuda a los campesinos, extorsión, asignación de mensualidades a presos, contrabando; tenía influencia en el Ayuntamiento de Nápoles y llegó a haber diputados camorristi.

Su poder aumenta con la Unidad de Italia: Garibaldi le confía el mantenimiento del orden público en Nápoles después de la anexión. En lo sucesivo, el Estado italiano delegará en la camorra determinadas funciones.

El camorrista asciende de manera semejante a la del mafioso. Enfrentamiento inicial con la Ley, capacidad para zafarse de la Justicia estatal, para sustituirla; luego, adaptación al orden, colaboración en su mantenimiento, una vez convertido en hombre importante, gracias también a su valor, generosidad, defensa del honor, etcétera.

Hoy las funciones del camorrista no se diferencian demasiado de las del siglo pasado, y tampoco sus actividades: control de mercados, contrabando de tabaco, prostitución, y ciertos grupos, el tráfico de drogas. Como antaño, pero de manera más directa y general, el camorrista interviene en política: son notorios los nexos con la Democracia Cristiana, y bastantes políticos napolitanos han tenido relaciones con la camorra, como el ex presidente de la República, Leone.

Los distintos grupos camorristas pueden enfrentarse entre sí por el control de una comarca o barrio, pero también, a veces, pueden colaborar. En los últimos años menos de diez grupos camorristi se reparten Nápoles y otras zonas de la Campania, a partir de sus centros de origen tradicionales: Raffaele Cútolo, en Ottaviano; Zaza, en la propia Nápoles; Alfieri, en Nola; Serra y Di Majo, en Pagani; *Pupetta* Maresca, en Castellammare; Nuvoletta, en Marano, y Maisto y luego Bardellino *, en Giugliano. Son los hombres de la llamada *Nueva Camorra* o camorra moderna: Zaza es una figura típica de ésta, sin demasiadas ataduras respecto de su cultura originaria, con iniciativa, ligado a los grandes empresarios; y lo son los Nuvoletta, que controlan los contratos de obras, los mercados, la droga, el contrabando.

Los años 70 y 80 han presenciado el enfrentamiento entre Cutolo y su *Nuova Camorra Organizzata,* y la *Nuova Famiglia,* de la Maresca: ésta y otros grupos han acusado al primero de haber roto el código del honor al penetrar en territorios ajenos y despreciar las normas tradicionales.

Añadamos que el Estado ha pedido la colaboración de camorristi, al parecer, para la administración de una parte de los capitales destinados a paliar los efectos del terremoto de 1980 y, en el caso de Cutolo, en la lucha contra las Brigadas Rojas, y en el caso Moro.

La Cosa Nostra *estadounidense*

Los emigrantes italianos llevan a América su cultura y modos de vida. Los del Sur llevan, con la familia extensa, el compadrazgo, la aversión al Estado, etcétera, también el clientelismo, los métodos de los hombres de respeto, de los mafiosos —algunos incluso son mafiosos antes de emigrar, como Nick Gentile (1903), otros han sido hombres de armas de mafiosos.

La carrera del mafioso italo-americano es semejante a la del mafioso italiano: enfrentamiento con la ley, luego ingreso en un grupo, ascenso... Algunos se hacen con una *familia* propia, con una clientela que les permite consolidarse, convertirse en hombres de respeto,

* Bardellino ha tenido que ver con la Justicia española por implicaciones en el narcotráfico y por su relación con grupos españoles de extrema derecha.

Paolo de Stefano, jefe de la rama calabresa de la Mafia, en el momento de su detención en 1982



capaces de defender a su grupo (y a los demás), pero también de extorsionar y explotar. Algunos se convierten en verdaderos poderes. A veces unos grupos se relacionan con otros; estos grupos, sobre todo décadas más tarde, suelen ser más ramificados y a la vez más centralizados que los italianos.

Este particular *self-made man* a la mediterránea que es el mafioso parece encajar bien en el país de los *self-made men* por excelencia, en una sociedad altamente competitiva que cree en el darwinismo social.

Pronto, hacia 1880, se habla ya de actuaciones mafiosas*, de extorsión, de control de mercados, de puertos, de *guerras entre italianos* —como entre los Matranga y los Provenzano en Nueva Orleáns en 1890.

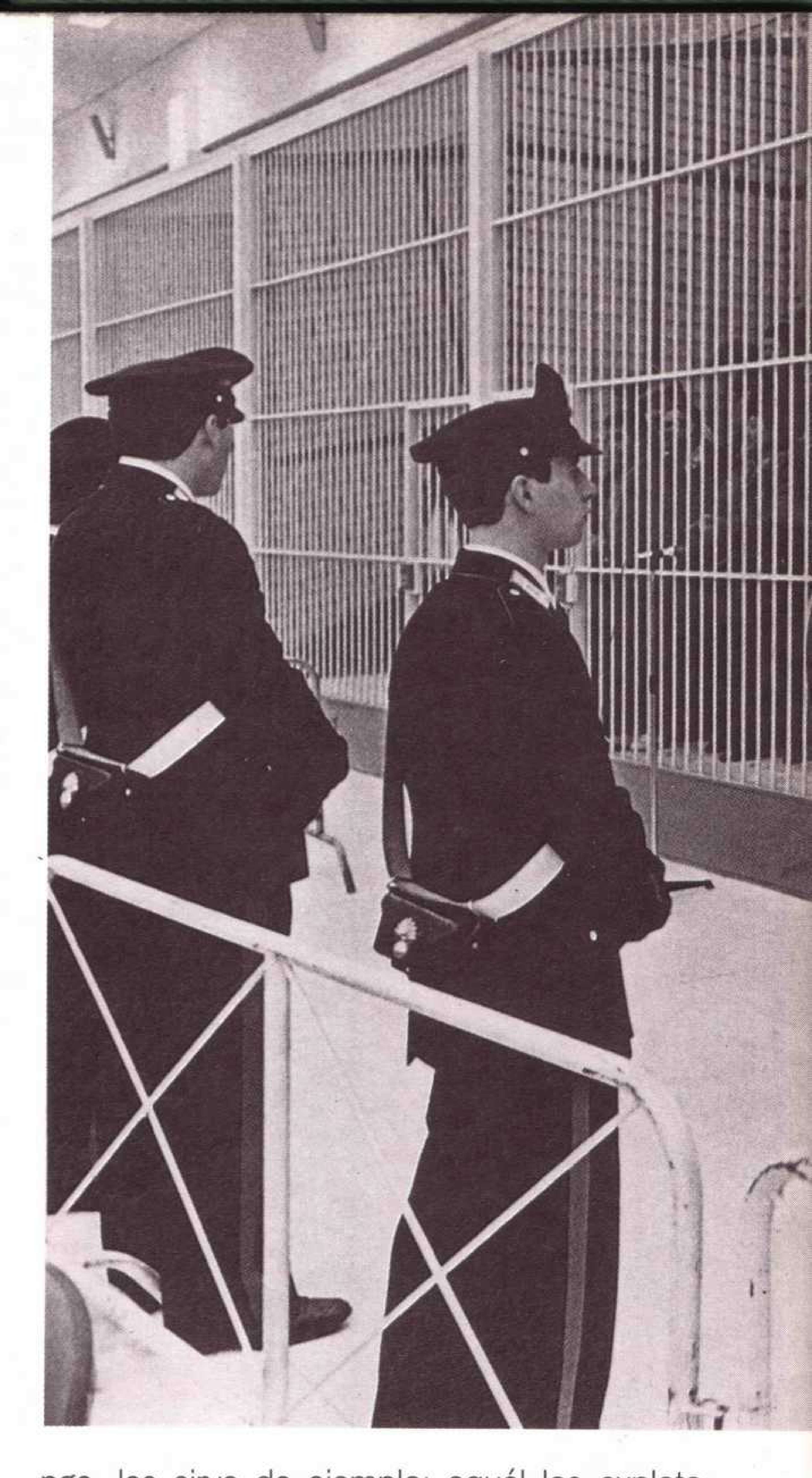
Cierto número de mafiosos conserva relaciones con su región de origen, pero no hay colaboración formal entre las mafias de ambos lados del oceáno, salvo en casos contados (recuérdese el asesinato de Joseph Petrosino, o la invasión de Sicilia de 1943).

La Ley Seca es uno de los momentos dorados de los mafiosos norteamericanos —como John Torrio y Alfonso *Al* Capone en Chicago, o Frank Costello en Nueva York—, que coincide con un momento de prosperidad en Estados Unidos. El alcohol va a ser el principal medio de ganancias y poder de *Al* Capone y otros, junto a la prostitución y al juego, y causa de infinitas guerras intermafiosas. Recuérdese la matanza del día de San Valentín de 1929, ordenada por Capone.

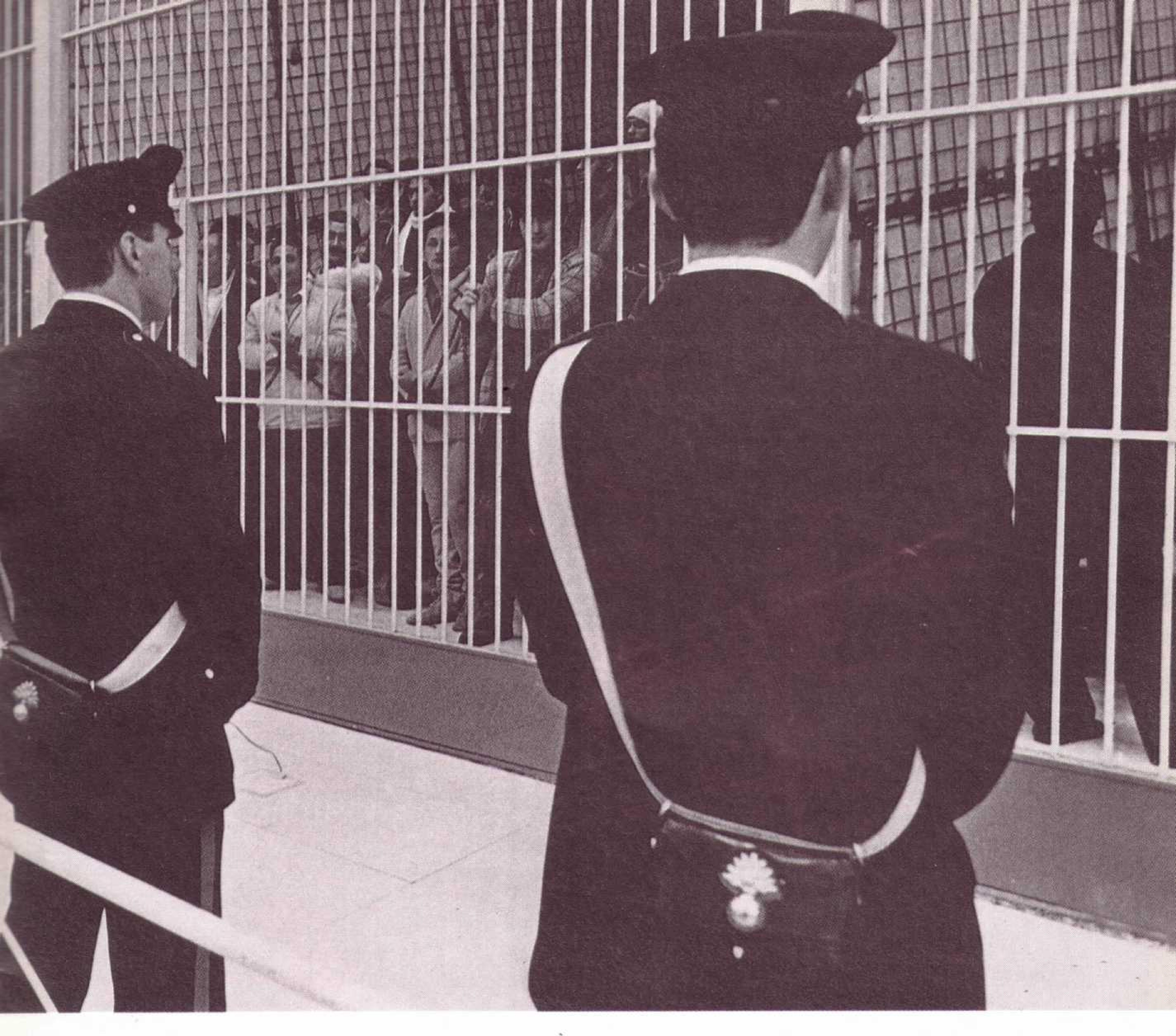
Gracias a los capitales derivados del contrabando de alcohol durante la Ley Seca, diversos grupos mafiosos extendieron sus actividades a otras partes del país, aprendieron a invertir, a administrar capitales de acuerdo con criterios modernos, como se verá en años 40 y 50 —unión de *Lucky* Luciano con mafiosos judíos como Meyer Lansky y Benjamín *Bugsy* Siegel.

Por estas fechas a las mafias italianas se las conoce por el nombre de Cosa Nostra (Cosa Nuestra), que tiene connotaciones nacionalistas, aunque la competencia furibunda entre *familias* continúa: algunas de las más importantes *familias* serán las de Vito Genovese, Anastasia, Gambino, etcétera, posteriores a Capone, y, en los años 40, 50 y 60, las de Luciano, Genco Russo, Frank Coppola, Gallo y Profaci, y otras.

El mafioso goza de prestigio entre los italianos, les sirve de ejemplo; aquél los explota, pero también pueden recurrir a él en caso de necesidad. El mafioso controla sectores de la economía, de la política local, de las actividades culturales y sociales como si de un gobernante se tratara, y, de hecho lo es. A diferencia de la mafia tradicional italiana, los mafiosos norteamericanos protegen ellos a los empresarios y políticos, les pagan, los encumbran: Costello ayudó a políticos de Nueva York en los años 30 y 40, como el alcalde O' Dwyer; otros apoyan a F. D. Roosevelt; otros lanzan a literatos, o a cantantes —Joe Fischetti lanza a Frank Sinatra—. La mafia controla sindicatos, con lo que ejerce presión sobre empresarios y políticos; pero también ejerce su tradicional función mediadora entre distintas fuerzas. Algunos mafiosos ayudarán incluso al Gobierno estadounidense, como Luciano y Genovese, en particular en la invasión de Sicilia en 1943.



* Aparecen diversas *organizaciones* de italianos, como la Mano Negra, que extorsiona: se ha dicho que era la mafia primitiva, pero se piensa hoy que no tenía nada que ver con las mafias.



Famoso proceso contra 640 presuntos miembros de la Camorra napolitana. Más de un millar de policías custodiaban la Audiencia de Nápoles donde tuvo lugar el proceso. En la fotografía, algunas de las celdas ocupadas por los acusados, el 4 de febrero de 1985

La colaboración es duradera, pues continuará después de la guerra, en particular con la CIA y con los Kennedy en los 50 y 60. Colaboración paralela a la lucha contra lo que se llama en ese país *Crimen Organizado:* en los 50 el senador Kefauver cosecha algunos éxitos, como en el caso de Costello (1951).

En las últimas décadas los mafiosos —*gangsters* en la terminología norteamericana— controlan amplios sectores de la economía, comienzan a perder los nexos culturales y en buena medida los psicológicos con su tierra de origen, cada vez más buscan solamente enriquecerse, hacer ostentación de su riqueza y posición, aspiran a convertirse en hombres decentes, en un rico más; algunas de sus actividades son más o menos legales —construcción, transportes, comercio de frutas y verduras—, otras, a las que no quiere renunciar, no lo son —juego, apuestas, prostitución, luego drogas...

Entre los 60 y fines de los 70 llegan a su fin los reinados de viejos mafiosos italianos o no: Joe Colombo, Hoffa, Lansky, Coppola, Cármine Galante, etcétera. Hoy los nuevos mafiosos pocas veces son *nuevos,* sino herederos, no necesariamente de sangre, de los antiguos *reyes* fundadores de las *familias* más importantes. Estas se reparten el país: Bonanno, Colombo, Gambino, Genovese, Lucchese en Nueva York, otras *familias* en Florida, Nueva Orleáns, Kansas City, Las Vegas, Los Angeles... Recientemente (1985) fue detenido Anthony Salerno, de la *familia* Genovese, y Anto-

nio Corallo, de los Lucchese. En 1990 lo ha sido John Gotti, de los Gambino.

El nuevo mafioso ha perdido el sentido de su función pública que lo legitimaba desde su punto de vista. Hoy hace alta política, entra en las finanzas, o pretende hacerlo. Pero su mundo económico sigue estando dentro de lo ilegal. A diferencia de los actuales mafiosos italianos, los estadounidenses no suelen invertir en el sector legal de la economía, sino en el mismo mercado ilegal, dado que las proporciones de éste son tan vastas que puede absorber inversiones muy grandes: piénsese en la *refundación* de una ciudad entera como Las Vegas por parte de empresarios italianos y judíos, o en Atlantic City, a la que se está *desarrollando* como nueva ciudad del juego.

Además, las leyes estadounidenses dificultan mucho las posibilidades de blanqueo del dinero negro —entre otras cosas porque no existe el secreto bancario—. Finalmente, los beneficios son tan grandes en el sector ilegal que no hay por qué arriesgarse fuera de él.

Sin embargo, los mafiosos de la Cosa Nostra, a diferencia de los italianos, no han podido traspasar la frontera del gran poder y de la gran riqueza, pues se lo impide, entre otras cosas, su patrimonio, relativamente reducido, Y esto les ha impedido —dice Pearce— independizarse de los grandes grupos económicos y militares y de sus exigencias, de quienes son *subalternos*.

¿Otras mafias?

El sistema de patronazgo o clientelista, como vimos antes, no existe sólo en Italia o donde los italianos se han establecido (ya hemos hablado de la Cosa Nostra estadounidense; mencionemos métodos mafiosos en Canadá y Australia, en medios italianos), sino, como dice Gellner, en todo el Mediterráneo y en las regiones de cultura *mediterránea* no bañadas por este mar.

La historia habla de su existencia, ligada a formas culturales específicas *mediterráneas*, algunas de las cuales mencionamos en las primeras páginas; y ligada también a formas políticas más abstractas y generales (que no se han dado sólo en países mediterráneos), y a formas de Estado y de gobierno coincidentes con el sistema clientelista, o en las que vive o pervive subalternizado. Es decir, se da allí donde la centralización es incompleta; donde el centralismo es fuerte y las redes del patronazgo se convierten en partidos políticos *vicarios;* donde el Estado es débil y delega poderes; o donde el lenguaje del Estado moderno es ininteligible para una parte de la población y se ha de recurrir a intermediarios.

Podríamos esbozar una geografía del sistema clientelista como forma de organización política y de poder: Italia, Portugal, España, Francia y Córcega, Albania, Turquía, Chipre, Malta, Grecia; todo el Oriente Próximo —es llamativo el caso de Líbano, Estado descrito como una *asociación de patronos y hombres de respeto*—, incluido Israel, todo el norte de Africa, tanto en el medio árabe como en el bereber; incluyamos a Afganistán, Irán y Pakistán, las repúblicas soviéticas del Cáucaso; y en cierto modo a Bulgaria, Yugoslavia, Rumania y, quizá, las repúblicas del Turquestán soviético. Hay formas de patronazgo también en el medio judío norteamericano. Y hay formas aparentemente semejantes en Argentina, Uruguay, México y otros países americanos, que merecerían un estudio en profundidad. Quizá haya formas próximas en Somalia, la India y otros países africanos y asiáticos. Por el contrario, y pese a las semejanzas formales, no pueden considerarse sistemas de patronazgo las sociedades secretas chinas ni las organizaciones yakuza japonesas.

El sistema de patronazgo más parecido al italiano en Europa es quizá el español. Basta leer descripciones del sistema de cacicazgo de los siglos XIX y XX para constatar las semejanzas. Entre otros muchos, pueden verse los trabajos de Pitt-Rivers, de Pío Navarro Alcalá-Zamora, de Varela Ortega, Tusell, Joaquín Costa, Caro Baroja, etcétera. Mencionemos algunos artículos, entre otros muchos: «Aspectos sociológico-políticos del caciquismo español», de Juan del Pino Artacho *(Revista Española de la Opinión Pública,* I a III de 1969), «Sobre el sistema de patronazgo: Estudio realizado en una comunidad española», de Antonio Seguí *(Rev. Esp. de la Op. Pública,* X a XII de 1976), y «Caciques y cuneros en Mallorca (1869-1905)», de Bel Pañarrubia i Marques (*Historia 16,* III-1982).

El sistema de patronazgo parece antiguo en la historia de España, en particular en su porción centro-meridional. En el siglo XVII se empleaba ya la palabra *cacique* para designar a una persona importante *de un pueblo, capaz de influir sobre la comunidad y los titulares del poder, y alrededor del cual se articulaban re-*

Fue tanta la celebridad de Al Capone que mereció, incluso, una portada de la revista Time





laciones de padrinazgo y clientela (Diccionario enciclopédico Salvat), definición que podría servir para la mafia tradicional siciliana.

En el siglo XIX, sobre todo durante la Restauración, el cacique y el clientelismo quedan incluidos en el sistema político, con funciones, delegadas por el Estado y las fuerzas políticas, de control del mecanismo electoral, sobre todo en el medio rural, de mantenimiento del orden público y de defensa de las leyes estatales, a cambio del apoyo de los gobernadores civiles y otros órganos de represión del Estado. En España el cacique podía ser un *hombre importante* de la burguesía rural,

Nuevos modos y viejos métodos. Arriba, *dos empresarios italianos acusados de estar complicados en los negocios de la Mafia.* Abajo, *la cara tradicional: la muerte, en este caso de un jefe mafioso, Matteo Corrado, y de su hijo, Vincenzo, asesinados en un ajuste de cuentas entre familias*

pero también un terrateniente, como en la Italia preunitaria. El cacique era un puente entre el campesino y el gobierno. Este hombre de respeto a la española proporcionaba ayuda, créditos, trabajo, y también podía reprimir, castigar, dejar sin trabajo a alguien. Todo ello a cambio de su propio prestigio y poder. Según Zugasti, existía la figura de la *omertà* (un hombre no delata, calla y, si puede, se toma la justicia por su mano). Y existía toda una ideología en la que se incluía al honor, la honra, el valor, la generosidad, la decencia, la defensa de la familia, etcétera, elementos que debían convergir en el hombre de respeto.

Posteriormente, la figura del cacique se ha difuminado, ha visto reducido su poder, no se ha dado la misma evolución que en Italia, pero el sistema ha subsistido hasta hoy en las mismas zonas donde antaño fue un poder. Sea como sea, el sistema de patronazgo en España y el caciquismo merecerían estudios mucho más profundos y numerosos, y no sólo desde una perspectiva política.

NOTAS

(1) El honor mediterráneo difiere del honor centroeuropeo y germánico: éste es aristocrático, queda restringido a la nobleza; el honor mediterráneo, en cambio, es teóricamente asequible a ricos y pobres, nobles y plebeyos, se da de forma natural en cualquier persona, pero hay que conservarlo y no perderlo.

(2) *L'omu ch'è omu* —dicen los sicilianos— *nun rrivela mai, mancu si havi corpu di cortellu* (El hombre que es hombre no delata nunca, aunque le den una cuchillada).

(3) Otra definición *emic,* pero de signo e intención contrarios, y como las anteriores *interesada,* incompleta e inexacta, es la de Leonardo Sciascia: *la mafia es una asociación delincuente, que busca el enriquecimiento ilícito para sus asociados, que hace de intermediaria parasitaria entre la propiedad y el trabajo, entre la producción y el consumo, entre el ciudadano y el Estado.* Y añade: *el capitalismo es una mafia que produce; la mafia es un capitalismo improductivo.*

(4) *Y matamos porque no tenemos cárceles como el Estado,* dijo un mafioso.

(5) Lo perpetró personalmente Cascio Ferro, ya importante *capomafia,* por respeto hacia el cargo del policía: *no podía dejar* —dirá— *que lo matase un «picciotto»* (un simple matón).

Todavía no se ha estudiado adecuadamente la influencia de estos repatriados en la mafia siciliana, o en la camorra y en la 'ndrángheta.

(6) Se sabe que los mafiosos isleños indicaron a los aliados movimientos de tropas, buques, etc., y que presionaron sobre los soldados sicilianos del Ejército italiano para que abandonasen sus unidades y volvieran a sus casas. En el oeste de la isla los aliados apenas tendrán que combatir los primeros días, al contrario que los británicos en la parte este. Es senador Kefauver, encargado de la lucha contra la mafia norteamericana, aludirá a los *inestimables servicios* prestados por Luciano a las Fuerzas Armadas estadounidenses.

(7) La culminación de la lucha contra los campesinos y de la colaboración de mafias y gobiernos de Roma es la matanza de Portella della Ginestra, perpetrada por el bandido Giuliano, que hizo decenas de víctimas, en 1947, y que llevó muchos votos a las derechas.

(8) Hay que añadir que la alianza mafia-gran empresa permite la formación de grupos de presión que hacen aumentar artificialmente el costo de las inversiones públicas en el sur de Italia.

(9) El general Dalla Chiesa no debe confundirse con su hijo, el sociólogo Nando dalla Chiesa, al que hemos citado anteriormente.

Digamos aquí que los presuntos asesinos (!) del general fueron absueltos en 1990 y 1991: Michele Greco, Totò Riina, Nitto Santapaola, Bernardo Provenzano y otros.

(10) Las guerras intermafiosas no sólo provocan muertos entre los contendientes y entre los guardianes de la Ley. Provocan también gravísimas repercusiones sobre las comunidades locales, que incluyen inestabilidad social, terror, fuga de poblaciones, disgregación social e institucional...

(11) Piénsese en las relaciones de la mafia con ciertos políticos y ciertos poderes, no sólo con la DC, sino también con el Vaticano —caso del Banco Ambrosiano—, con la P-2, con la organización *Gladio,* con los servicios secretos...

Bibliografía

Arcá, F., *Mafia, camorra e 'ndrángueta,* Roma, Lato Side, 1982. Arlacchi, P., *La mafia imprenditrice,* Bologna, Il Mulino, 1983. Burns, W. N., *Los gangsters de Chicago,* Madrid, Espasa Calpe, 1972. Calvi, F., *La vita quotidiana della mafia dal 1950 a oggi,* Milano, Rizzoli, 1986. Dalla Chiesa, N., *Il potere mafioso,* Milano, Mazzotta, 1976. Gellner, E., y otros, *Patronos y clientes,* Madrid, Júcar, 1986. Hess, H., *Mafia,* Madrid, Akal, 1976. Minna, R., *Historia de la mafia,* S. L. del Escorial, Swann, 1986. Novacco, D., *La mafia, ayer y hoy,* Barcelona, Dopesa, 1972. Pantaleone, M., *Mafia y política,* Barcelona, F. Torres, 1972. Peristiany, J. G., *El concepto de honor en la sociedad mediterránea,* Barcelona, Labor, 1968. VVAA, *Mafia, Stato, sottosviluppo,* Quaderni del Mezzogiorno e delle Isole. Vibo Valentia 42-43, XI, 1977. Id., *Mafia, 'ndrángueta, camorra,* Roma, Edizioni Lavoro, 1982. Villari, P., *Le lettere meridionali,* Napoli, Guida, 1979.



Carlo Gambino, el último gran capo de la Cosa Nostra norteamericana

La mafia

Textos

CUADERNOS historia 16

El Mediterráneo: clientelismo en Marruecos

EL patronazgo aparece como el modo de organización política dominante en numerosos países del Mediterráneo, y se han llevado a cabo detallados estudios sobre la «política de clientelas» en Europa meridional, el Norte de Africa y Oriente Medio (...).

«El clientelismo político, escriben Lemarchand y Legg, puede considerarse como una relación más o menos personalizada, afectiva y recíproca entre agentes, o grupos de agentes, dotados de recursos desiguales, y que comprende transacciones mutuamente ventajosas que tienen ramificaciones políticas más allá de la esfera inmediata de la relación diádica» (1972, pp. 51-2).

La «clientela» se diferencia, por lo tanto, del grupo de interés y del movimiento ideológico, y por lo tanto sus jefes pueden ser calificados como «patronos», y sus seguidores como «clientes». ¿Cómo interviene el poder en esta formulación? La frase clave es «dotados de recursos desiguales»: en un sistema de clientela el poder corresponde a aquellos que cotrolan los recursos, y que por lo tanto están en condiciones de asignarlos. Los patronos son poderosos porque pueden obtener y distribuir bienes tangibles —contratos gubernamentales, empleos, préstamos, etcétera—; la manera de crear y mantener su clientela personal es la inversión inteligente de estos recursos. En principio, a mayores recursos, mayor poder para el patrono.

Así lo pone de manifiesto el reciente estudio de Waterbury (1970) sobre la política de las elites en Marruecos. Según Waterbury, el tejido político de Marruecos está compuesto por una multitud de clientelas, cada una de las cuales intenta «crearse o conseguir un patrimonio y luego defenderlo» (p. 73). A nivel nacional, tales clientelas «pueden incluir los partidos, los sindicatos, las agrupaciones estudiantiles, los intereses regionales, las familias prominentes, las tribus, la oficialidad del ejército, los *ulemas* y los *shurafa.* Frecuentemente los jefes de estos grupos son altos funcionarios del gobierno y ministros» (p. 82). El rey está en el vértice de la pirámide: «la monarquía es el principal distribuidor del botín y del patronazgo en Marruecos, y considera a la elite entera como su propia clientela. Con el objeto de conservar a sus seguidores... el palacio manipula el sistema de recompensas... con gran provecho» (pp. 142-3). *(A. WEINGROD, «Patronazgo y poder», en E. Gellner (compil.), «Patronos y clientes», Júcar, Madrid, 1986. pp. 64-65).*

Algunas teorías erróneas sobre la mafia

LAS tesis que en la literatura sociológica alcanzaron mayor relieve son dos: la naturalista y la económica.

La primera prevaleció en los últimos decenios del siglo pasado cuando antropológos y criminólogos, como Cesare Lombroso y Enrico Ferri, fantasearon sobre una «raza siciliana» hereditariamente inclinada a ciertas asociaciones asociales.

En el *Uomo delinquente,* Lombroso escribe que «la raíz primera... de la mafia no era otra que la transmisión atávica de usanzas de los pueblos nómadas y de las tribus salvajes de la prehistoria, favorecidas por el ocio en que vivía la plebe de Palermo»; que es, como puede verse, una interpretación mítica y arbitraria.

Enrico Ferri sostenía que hay que imputar a la raza y al clima las diferencias de desarrollo social y llegó a generalizaciones repugnantes: «en el sur los oasis de honestidad son excepción». (...)

Los geógrafos subrayaron la incidencia del clima como factor condicionante de la parca evolución social, del individualismo anárquico de impulso desenfrenado por la sangre y la *vendetta.* Podemos hallar numerosos ejemplos de este tipo de opiniones en las res-

puestas al cuestionario de la Encuesta Agraria de 1884, en el que algunos abogados llegan a plantear la ecuación entre clima benigno y normalidad social. (...)

La tesis psicológica introdujo una marcada distinción entre las dos Sicilias, la griega oriental y la sarracena occidental, deduciendo de las diferenciaciones fenomenológicas la ausencia o la presencia de la mafia.

Mesina, Catania, Siracusa, ciudades de población y de cultura griega, presenta ciertas características (industriosidad, etc.), mientras que Trapani, Agrigento, Caltanissetta, Palermo, ciudades de población y de costumbres árabe-normandas, presentan unas características opuestas. (...)

Los naturalistas, mientras se dedican a dar una explicación profunda y radical del hecho de la mafia, no nos ofrecen más que una arbitraria hipótesis metafísica.

Presentan como inmóvil, como absoluto, como primitivo un carácter que es, por el contrario, mutable. (...)

Napoleone Colajanni fue adversario enérgico y vivaz de las tesis antropológicas a propósito de la mafia. En una larga serie de escritos sostuvo que el origen de la mafia debe atribuirse a las condiciones administrativas y económicas determinadas en la isla bajo los Borbones y perpetuadas, a pesar del liberalismo formal, por los Saboya, después de la unificación nacional. (...)

La tesis socialista es la de que la mafia es un fenómeno que se deriva de una injusta estructura económica y que había que confiar en la iniciativa revolucionaria de los campesinos como único modo de conseguir su total desaparición.

Pero la interpretación meramente económica del fenómeno de la mafia debe considerarse inadecuada e insuficiente. *(D. NOVACCO, «La mafia ayer y hoy», Dopesa, Barcelona, 1972. pp. 38-41).*

La carrera de un mafioso

LIGGIO había comenzado su carrera en una banda de ladrones de ganado capitaneada por un tal Francesco Barbaccia. El joven Liggio se distinguió por su particular sangre fría y severidad y se le llamaba en Corleone «cocciu di tacca»; expresión que podría traducirse libremente por «judía escarlata». En 1944, poco después que Liggio empezó a participar en las empresas de la banda, fueron fusilados algunos de los miembros más viejos, y Barbaccia desapareció. En el mismo año consiguió Liggio, tras amenazar al propietario, tomar en arrendamiento la finca de Strasetto. A los 20 años se convirtió en el gabelloto más joven de Sicilia. En 1948 se le imputó la muerte del sindicalista socialista Rizzotto, aunque tuvo que ser absuelto por falta de pruebas. Desplazó sus actividades a Palermo, compró unos camiones y fundó, con otros, una sociedad de transportes. Como todavía seguía ejerciendo gran influencia en el robo y el sacrificio secreto de ganado en Corleone, es de suponer que también llevase ilegalmente carne a Palermo en estos camiones. Pero sobre todo barruntó su gran oportunidad en el monopolio de los transportes relacionados con la construcción del embalse. En el verano de 1958 Michele Navarra lo invitó a reunirse con él en una finca, en donde, en vez de Navarra, encontró a quince hombres armados de quienes, no obstante, pudo escapar tras una lucha a tiros. Al poco tiempo, el 10 de agosto de 1958, fue bloqueado por otros dos el coche de Navarra, que volvía de Lercara Friddi, en la carretera, y muertos a tiros de pistola Navarra y su acompañante, el Dr. Russo. Unas semanas después, el 6 de septiembre, hallaron la muerte en un ataque a Corleone tres hombres conocidos como ami-

gos de Navarra. Uno de ellos, Pietro Maiuri, había sido antes pastor; en el momento de su muerte poseía el único taller de reparaciones de automóviles del lugar. El y otro de los que murieron ese día eran los únicos que poseían concesiones para la venta de gasolina. *(H. HESS, «Mafia», Akal, Madrid, 1976. p. 110).*

Cómo un mafioso de la vieja mafia se ve a sí mismo (Giuseppe Genco Russo)

NACI así. Me muevo sin metas. A quienquiera que me pida un favor yo se lo hago porque la naturaleza me lo dicta así (...). Viene uno y me dice: —«Tengo un asunto con Fulano, vea si puede arreglar la cosa». Yo llamo a la persona interesada, o voy yo mismo a verla, según las relaciones, y los pongo de acuerdo. Pero yo no querría que se pensase que estas cosas las digo para crecerme (...). Todas estas cosas se las digo a usted [a quien lo está entrevistando] por cortesía, porque ha hecho toda esta caminata. Yo no soy vanidoso ni ambicioso. La gente me pregunta a quién debe votar porque sienten el deber de pedir consejo para demostrar gratitud, reconocimiento, no saben qué hacer y quieren adaptarse a las personas que las han beneficiado.

Mañana, por ejemplo, he de abandonar la trilla, los animales, todas mis cosas para correr a Agrigento a recomendar a uno para que apruebe los exámenes. *(D. DOLCI, «Spreco», Einaudi, Turín, 1960. pp. 68-69).*

Cómo despacha un capomafia

BARZINI ofrece una excelente descripción de las audiencias matutinas que mantenía Don Calò [es decir, Calogero Vizzini] en Villalba:

Don Calò sabía puntualmente por las mañanas de la puertecilla que daba a la plaza, y se paseaba tranquilamente, con las manos a la espalda, conversando con su hermano, el Monsignore.

De las sombras de las paredes y de las callejas laterales aparecía gente que había llegado antes, algunos desde lejos, y que aguardaban para poder hablarle. Se trataba de campesinos, viejas con pañuelos negros a la cabeza, jóvenes mafiosos, hombres de la clase media. Cada uno andaba un trozo con él, cuando le llegaba su turno, y le exponía sus problemas. Escuchaba, llamaba entonces a uno de sus seguidores, impartía algunas órdenes, y llamaba entonces al siguiente. Al separarse de él, muchos le besaban la mano llenos de gratitud.

Luego se sentaba a una mesa de café en la plaza y proseguía los negocios del día tomando un espresso, dando la apariencia de un viejo campesino, de un mercader de ganados, como tantos otros... Su porte magnánimo y protector, los respetuosos saludos de los transeúntes, el séquito que lo rodeaba, la humildad de quienes se le acercaban, la agradecida sonrisa de sus rostros cuando hablaba con ellos, todo ello recordaba una escena de otros tiempos, un príncipe que celebraba corte al aire libre y administraba justicia. *(L. BARZINI, «Gli italiani» Mondadori, Milán, 1976. p. 285-286).*

La represión de Cesari Mori en Sicilia

SI los sicilianos tienen miedo de los mafiosos —confía a sus colaboradores—, les convenceré que yo soy el mafioso más fuerte de todos.

También su lenguaje es típicamente mafioso. A los palermitanos reunidos en el Teatro Principal para celebrar su victoria contra los bandidos de Gangi, les dice [Cesare Mori]:

La ofensiva que he desencadenado será llevada a cabo inexora-

blemente hasta sus extremas consecuencias. A aquellos... del otro lado, pocas pero sentidas palabras: es inútil hacerse la ilusión de que se trata sólo de una ráfaga de viento. Será un ciclón auténtico, que lo removerá todo, de la raíz a la copa. Es inútil confiar en el fallo o en la imperfección de la ley. La ley será creada o integrada o corregida. En cualquier caso, donde ella falle estaremos nosotros con argumentos válidos. Es inútil esperar intervenciones más o menos interesadas.

Esa moda ya ha pasado. Y también es inútil pensar en el retorno ofensivo: los muertos no vuelven. Así pues, a vosotros, desgraciados del otro lado, sólo os queda el inexorable dilema, que por última vez os planteo desde aquí: renovaros, es decir, redimiros, o morir.

Tras el éxito, más psicológico que real, obtenido en Gangi, Mori da comienzo a una campaña de represión en mayor escala. En toda la isla se desata una oleada de detenciones: 119 en Misilmeri, Bolognetta y Marineo; 285 en la zona de Termini Imerese; 306 entre Caccamo y Valledomo; 246 en Bagheria, Ficarazzi y Villabate; 275 en Piana dei Colli; 195 en Sciacca y Agrigento; 105 en Piana dei Greci y en Santa Cristina di Gela; 75 sólo en el barrio de Palazzo Reale, en Palermo; 6 en Catania. Otros centenares de individuos son enviados al confinamiento mientras los amonestados se cuentan por millares (600 sólo en Piana dei Greci). Si para efectuar las detenciones la policía necesita pruebas evidentes, para el confinamiento o la amonestación basta con la llamada «voz pública». Esta fórmula, harto vaga y discutible, permite a Cesare Mori quitar de en medio a todos aquellos individuos que de otro modo serían inatacables. *(A. PETACCO, «El prefecto de hierro», Grijalbo, Barcelona, 1979, pp. 124-125).*

El dinero del tráfico de drogas

EL movimiento de gran parte del dinero de la heroína es mucho mayor y más complejo que el suministro, hasta aquí descrito, a los drogadictos: se habla de un circuito de negocios por razón de 20 billones de liras, que tiene lugar entre los mercados de Beirut, Ginebra y Nueva York, en el que las cifras italianas no son aceptadas.

Sólo los bancos —en el mercado actual— son organismos capacitados para dirigir un circuito internacional de negocios de miles de millones. Ya hemos podido ver el peso de la «longa manus» de los mafiosos sobre el enorme (y anormal) desarrollo que los bancos sicilianos han tenido en los últimos 20 años. Es evidente que los mafiosos vierten directamente —y también personalmente— gran parte del dinero obtenido con la heroína en bancos italianos. Es indispensable que los mafiosos empleen también bancos no sicilianos, y así, se trata —en orden creciente de importancia— de bancos lombardos, suizos y americanos.

Los mafiosos —como ha ocurrido ya antes— se presentan de vez en cuando en el banco o emplean intermediarios, pero las familias mafiosas han utilizado preferentemente para el tráfico internacional de capitales, un instrumento técnico muy preciso y bastante simple: «sociedades financieras», en toda Italia, pero especialmente en el norte. Estas, sociedades financieras son anónimas o están a nombre de «testaferros», y de ellas es difícil acceder a los mafiosos originarios. Ofrecen mayores garantías a los bancos en que están depositados tales capitales, sin que ninguno de ellos tenga interés en averiguar la procedencia de todo ese dinero. Pueden, por naturaleza, practicar «de manera introspectiva» el tráfico internacional de divisas: en Italia estas sociedades financieras aumentan los precios de las importaciones y disminuyen el precio de las exportaciones de

mercancía, con el consiguiente comercio de capital; están ligadas orgánicamente a otras financieras extranjeras —americanas, suizas, alemanas y francesas en cuanto a la nacionalidad, pero a menudo en mano de «sicilianos»—, las cuales repiten el juego más allá de las fronteras italianas. Con frecuencia, además de ocuparse de la compraventa (abundante) de mercancías, las financieras extranjeras y las italianas en manos de mafiosos «compran» las partidas de dinero que millones de emigrantes italianos en el extranjero mandan puntualmente cada mes a sus casas, al sur italiano. Esto ocurre mediante un simple sistema de cuentas corrientes que se equilibran entre sí contemporáneamente en Italia conjuntamente en los dos países. A la financiera mafiosa le basta con tener a su disposición un extranjero residente en Italia, al cual no le está prohibido tener cuentas corrientes también en el extranjero.

Este sistema de reciclaje de dinero —incluidos los cambios de divisas— se ha empleado para hacer desaparecer los beneficios de los secuestros de personas, realizados a cientos en Italia en los años setenta. Las financieras son también un instrumento propulsor para que «ese» dinero se invierta últimamente en Italia a la luz del día. *(R. MINNA, «Historia de la mafia», Swan, Avantos, Hakeldama, San Lorenzo de El Escorial, 1986. pp. 152-154).*

Mafia y sicilianismo

ASI el poder mafioso se ha servido de una ideología —el sicilianismo precisamente— basándose en el ingenuo sentimentalismo de las poblaciones sometidas para construir a su alrededor y alrededor de sus estructuras económicas y políticas un baluarte insuperable (...). a) El sicilianismo es un sentimiento intenso y confuso de solidaridad entre sicilianos, que se fundamenta, por un lado, en un arraigado victimismo de masas, y por el otro, en la teorización sociológica de la excepcionalidad de la civilización siciliana en el contexto histórico nacional y europeo. b) Tarea del sicilianismo es recomponer artificiosamente los contrastes internos de clase en nombre de una (superior) unidad espiritual, históricamente determinada (...). *(N. DALLA CHIESA, «Il potere mafioso. Economia e ideologia,* Mazzotta, Milán, 1976. pp. 169).

La Cosa Nostra en el cine

EN 1932, cuando la estrella de Capone (pero no sus dividendos) iniciaba su declive, el excéntrico magnate Howard Hughes decidió llevar su biografía a la pantalla, anunciándola como «el filme de gángsters que acaba con todos los filmes de gángsters». Su guión fue escrito por Ben Hecht y el realizador Howard Hawks en sólo once días, y el eficaz Hawks realizó con él una de las obras maestras del género, titulada «Scarface, el terror del hampa» («Scarface, Shame of the Nation», 1932), con una adjetivación del título original bastante elocuente («Vergüenza de la nación»). Rica en significaciones sociales, Howard Hawks declararía años después de su película: «Quería mostrar a la familia Capone como si fueran los Borgias en Chicago», sin omitir los más o menos legendarios elementos incestuosos de la historia de los Borgias. Por precaución, bautizó a su gángster con el nombre de Tony Camonte, personaje interpretado por Paul Muni. En rigor, no era esta la primera vez que la figura de Capone inspiraba al cine, pues el año anterior apareció en Alemania «Al Capone, pánico en Chicago» («Panik in Chikago», 1931), cinta dirigida por Robert Wiene y con Hans Rehmann como protagonista. En «Scarface» trabajó también el actor George Raft, quien antes de debutar en el cine había estado conectado con los

ambientes del hampa y en esta cinta interpretó al gángster Rinaldo, guardaespaldas de Camonte. Se asegura que Al Capone, después de ver «Scarface», convocó a Raft en el Hotel Lexington. Capone recibió a su ex colega, sentado bajo un retrato de George Washington y de otro de Big Bill Thompson, el alcalde de Chicago que Capone había hecho elegir. Ante un George Raft pálido y tembloroso, el gángster le lanzó su filípica: «Escúchame bien, Georgie, diles a tus camaradas de Hollywood que no conocen a Al Capone. Al final del filme hacen que me liquiden. Les dirás que nadie liquida a Al, ¿me oyes? ¡Capone no se dejará liquidar nunca!». Raft asintió y, antes de despedirse, tuvo fuerzas para preguntar si la película le había gustado. Capone replicó: «Sí me ha gustado, Georgie, no está mal...».

Fallecido Capone en 1947, víctima de la sífilis, su silueta volvería a aparecer en el cine de nuevo, y ya con su verdadero nombre, en «Al Capone» («Al Capone», 1959), filme realizado por Richard Wilson y protagonizado magistralmente por Rod Steiger, con un gran parecido físico con el personaje, en «Cara cortada» («The Scarface Mob», 1962), dirigida originalmente para la televisión por Phil Karlson y con el famoso gángster a cargo de Neville Brand, y en «La matanza del día de San Valentín» («The St. Valentine' s Day Massacre», 1967), filme de Roger Corman, en donde se reconstruyó con acierto la célebre matanza de 1929. *(R. GUBERN, «Ficción y verdad de la mafia en el cine», en «La mafia. Los verdaderos padrinos», Historia y Vida, Extra 2, Barcelona, 1974. p. 177).*

La Camorra en 1878

MUCHISIMAS ordenanzas municipales no pueden aplicarse aquí si no convienen a los intereses de la camorra. Nápoles comienza a remozarse en cuanto la camorra, con sus contratistas, saca provecho de ello (...).

Para que la camorra sea posible, es necesario que exista cierto número de ciudadanos, o incluso una clase entera, que se doblegue a las amenazas de unos pocos o de muchos, siempre que estén organizados (...). El mal es contagioso, como el bien, y la opresión, en particular la ejercida por la camorra, corrompe al oprimido y al opresor, y corrompe además a quien permanece como espectador de este estado de cosas, sin reaccionar con todas sus fuerzas (...).

[Tras hablar de la miseria y el abandono de Nápoles, el autor dice:]

Aquí hay que estudiar ahora, para convencernos de que la camorra nace, no como un estado de cosas anormal, sino como el único estado normal y posible. Si suponemos que mañana metemos en la cárcel a todos los camorristi, la camorra quedaría reconstituida por la tarde, porque nadie la creó, sino que nace como forma natural de esta sociedad. *(P. VILLARI, «Le lettere meridionali e altri scritti sulla questione sociale in Italia. La camorra, la mafia, il brigantaggio» Guida, Nápoles, 1979. pp. 40 y 44).*

Un cacique español

ANTE todo, el cacique cubre unos requisitos económicos —tener más dinero que los demás— y otros políticos —tener más poder que la mayoría—. Aun tratándose a fin de cuentas del mismo hecho, vamos a distinguir entre la definición económica y política del cacique.

En su versión económica, el cacique es un miembro de la comunidad que destaca de los demás por su posición. No sólo se trata de alguien que cuente con más posibilidades en este sentido que

la mayoría, sino, además, de alguien que pueda disponer por su gestión de la economía general de la comunidad. Dicho de otra manera, el despegue económico del cacique no es sólo cuantitativo, sino que da lugar a diferencias de tipo cualitativo con respecto a la población en que se asienta. Los precios a los que venda marcan definitivamente los precios a los que han de vender sus convecinos, de la misma forma que en nada le pueden importar las decisiones de los demás vecinos para llevar a cabo su actuación. Su poder económico suele ser mayor que el del resto de la comunidad, excepción hecha de sus iguales. Por otra parte, en su poderío radica su posibilidad de distribuir beneficios a las personas que le sirven, oportunidad que dosifica según su conveniencia.

Es merced a esta posibilidad de mantener a una serie de vecinos, de ofrecerles trabajo o de beneficiarles en alguna otra cosa, por lo que el cacique puede ser definido políticamente. En efecto: teniendo en cuenta que la adjudicación de tales beneficios es siempre graciable, por su parte, que en definitiva, a sus intereses, lo mismo le puede dar conceder su favor a uno que a otro, se entiende que es táctico llevarse bien con el cacique, con el fin de hacerse acreedor a dichos favores, o de no perderlos, si ya se poseen. Por supuesto, a quien puede elegir entre todo un pueblo de parados a quienes dar trabajo, le interesa ante todo que su elección recaiga sobre una persona fiel. Con respecto a esferas políticas locales más elevadas, el cacique actúa de igual modo con una simple diferencia cuantitativa.

En resumen, el cacique es una figura —ya legendaria para muchos—, de cuyos gustos, opiniones o intereses dependía en gran medida la vida y acciones del pueblo (...). Con ello pretendo dejar constancia de la opinión —ciertamente muy repartida—, de la comunidad sobre la existencia actual de esta figura. *(A. SEGUI, «Sobre el sistema de patronazgo: Estudio realizado en una comunidad española», «Revista Española de la Opinión Pública», X-XI, 1976. pp. 145-146).*

Vendetta *entre bandas de la Mafia. Tres de los ocho asesinados el 20 de noviembre de 1984*





Conoce el Patrimonio Histórico Andaluz

**Iglesia-mezquita de Nuestra Señora de la Concepción.
Almonaster la Real, Huelva (foto Domínguez Toro).**



Consejería de Cultura

Dirección General de Bienes Culturales

JUNTA DE ANDALUCIA